

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

**Cuentos escritos por un joven indecente,
depravado y completamente loco**

TRABAJO RECEPCIONAL QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

Luis Antonio Vara Morales

Director del Trabajo recepcional

Lic. Armano Alanís Canales

Ciudad de México, mayo de 2021.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mis profesores: Armando Alanís, Héctor Carreto, Gustavo Humberto Lizárraga y Alicia Pastrana. A mis amigos: Alfonso Rosas, Sandra Vázquez, Mary Borja, Juanita Gamiño, Alejandra L. Baez, Pedro Portillo, Mónica Ponce, Aarón Hernández y Adelaida Mejía Pérez (quien falleció en diciembre del 2019).

Este libro está dedicado a Utaha Kasumigaoka, Kaori Miyazono (†),

Akira Tachibana, Tomosuke Matsumoto (†), Violet Evergarden,

Mana Nagase (†), Vivy, Fūka Kikuchi y Elaina, la Bruja Ceniza.

ÍNDICE

Lo que usted quiso saber acerca del tiempo y el espacio, y por qué es tan difícil de comprenderlo	9
La vida marital no es nada fácil	15
Un crimen insospechado	25
Conversación entre mujeres	31
Denle de comer a ese maldito perro	42
Es una chinga conseguir empleo	54
¿Con quién se fue Adelita?	65
Oportunidades inesperadas.....	73
¡Por favor, llame al doctor!	83
Una agradable compañía	94
Correspondencia equivocada	105
Minificciones.....	119
El hijo esperado.....	121
La verdadera estrella de la película	122
Quiero ser una chica Almodóvar.....	123
El fin del führer	124
El último juego	125
Síndrome de Peter Pan	126
La mano de la novia	127

La verdad oculta de la mitología griega	128
El ahogado.....	129
El beso mortal.....	130
Arte sin censura.....	131
La caída del rey	132
No son de tu medida.....	133
Problemas maritales	134
Admiración.....	135
Las gemelas	136
La trágica historia de un joven que poseía una memoria prodigiosa	137
Un descuido.....	138

LO QUE USTED QUISO SABER ACERCA DEL TIEMPO Y EL ESPACIO, Y POR QUÉ ES TAN DIFÍCIL DE COMPRENDERLO

Entrevistador: ¿Qué es el tiempo y cómo es?

Entrevistado: El tiempo jamás se termina. Es algo cíclico e infinito.

E.R: ¿El tiempo puede tener rupturas temporales?

E: Posiblemente.

E.R: ¿Existen los bucles de tiempo?

E: Les respondo con otra pregunta: ¿acaso usted no ha querido revivir aquellos momentos tan agradables, dulces y hermosos de la vida? Claro, éstos se vuelven una sentencia eterna hasta que uno decide destruir ese anclaje. Se dice que nuestra mente ya tiene almacenada una gran cantidad de conocimiento, y sólo se libera cuando éste es recordado. Respondiendo a su pregunta: sí existen los bucles de tiempo, pero los conocemos como “*déjà vu*”.

E.R: ¿Es lineal?

E: Si lo vemos como una constante continuidad... yo diría que sí, aunque a veces conforme va avanzando su trayecto toma diferentes formas, ya sean laberínticas (construidas de manera ingeniosa y confusa, pero nunca con una salida) o circulares (infinitas dentro de sí mismas).

E.R: Entonces, ¿el tiempo existe?

E: Existe porque nosotros creamos un sistema de medición del tiempo, el que dividimos en unidades de segundos, minutos y horas; a su vez, éstas mismas son pasadas a otro nivel como en días, semanas, meses, años y siglos. Por último, los categorizamos en eras, periodos, épocas y edades. Si no me cree, revise cualquier libro de Historia, Paleontología, Antropología o de Geología. Verá que no estoy mintiendo.

E.R: Me puede decir, ¿cómo llegó usted a esa conclusión?

E: Como podrá darse cuenta, no soy un experto en la materia. No estudié nada de Física ni mucho menos de Química. Siempre las reprobaba en la escuela. A duras penas pasaba con una calificación aprobatoria. Con siete, era algo digno para mí. Aun así, no dejé que eso se interpusiera en mi reflexión acerca del tiempo.

E.R: ¿Cómo que su reflexión? Usted, ¿no es un investigador en esta área de la Física?

E: No.

E.R: ¡Ah! Qué tonto soy. ¿Usted debe ser un gran filósofo o catedrático del área del pensamiento filosófico contemporáneo?

E: Algo así. Una vez, durante mi etapa de bachillerato, me uní a un grupo de marxistas. Me sentía cómodo con ellos. Las conversaciones eran de tal profundidad intelectual que hablamos acerca del *Materialismo histórico* y cómo éste puede influir en el análisis socioeconómico del Capitalismo latente en Latinoamérica. Al final, ya casi concluyendo el año, nos íbamos a unas reuniones con otros colegas. El ambiente era muy agradable, al principio, pero después molesto.

E.R: ¿Por qué molesto?

E: Se volvía una noche de lentejuelas. Veías a mis colegas ponerse senos postizos, vestidos multicolores, maquillaje exagerado, accesorios baratos, tacones de plataforma y, para acabar, se ponían nombres extrañísimos: Kim Chi, Raja o Galax.

E.R: ¿Dónde está lo molesto?

E: Que nadie me prestaba sus nalgas postizas. Malditas perras.

E.R: A ver, a ver, a ver... Entonces, ¿usted es filósofo o no?

E: No. Sólo conozco algunas corrientes filosóficas. Una vez, después de haber abandonado a mis colegas marxistas, me uní los existencialistas.

E.R: ¿Por qué se unió a ellos?

E: Tenían un propósito claro. Según ellos, cada ser humano es libre y responsable de sus actos. Éstos determinan quiénes somos y dan significado a nuestras vidas. Aquí se rechazan los prejuicios que corresponden a los valores y a los convencionalismos tradicionales inculcados.

E.R: Suena interesante. ¿Qué pasó después?

E: Nada. Estuve durante un año. Leí a los grandes de esa corriente: Sartre, Nietzsche, Camus y Schopenhauer. Había algo interesante en ellos. Pero conforme seguía leyéndolos, me daba cuenta que no tenía sentido seguir estudiando. Toda acabaría por mi propia muerte. Y, como habrá deducido usted, dejé esta corriente filosófica.

E.R: ¿Y qué hace ahora?

E: Estoy todo el día en mi departamento, planeando cómo morir.

E.R: ¿Por qué quiere morirse?

E: Por el simple hecho de que *la vida no vale nada*. Bien lo dijo un profesor mío de Filosofía: «Para qué le sirvió al sabio su sabiduría y al estúpido su estupidez, si al final ambos acabarían muertos». Yo quería morir dignamente, acostado, sobre mi cama.

E.R: Ahora lo veo muy claro. Usted, no sabe nada de lo que estaba hablando, ¿o sí?

E: En parte. Algunas cosas las investigué por mi cuenta. Y otras, las acabé de inventar.

E.R: Pero... algo debe saber usted. No creo que haya venido sólo por mera coincidencia.

E: ¿Qué le digo? Caminaba por este auditorio. Pensaba que iban a proyectar alguna película. En eso, vi dos sillones, una pequeña mesita de cristal, unos vasos de agua y un micrófono encendido. Por pura curiosidad me senté y quería hablar por el micrófono. Hasta que usted llegó, después. Y comenzó a hacerme preguntas acerca del tiempo y el espacio.

E.R: Bueno... pensé que usted era mi entrevistado, el especialista en la materia. Como lo vi serio, disponible y entusiasta; creí que era él.

E: No. Parezco catedrático de la UNAM, pero soy un hombre ordinario. ¿Puedo seguir hablando?

E.R.: Hmm... por supuesto. Aunque, si puedo interrumpirlo, ¿cómo llegó usted a esa sorprendente conclusión? Ya dijo que es un hombre ordinario. Pero me intriga mucho esa deducción. Dígame, ¿cómo la obtuvo?

E: Ah, gracias por recordarme. Por un estado de Facebook que publicó una amiga mía.

E.R.: ¿Qué publicó su amiga?

E: “El tiempo de amar terminó”. Cuando leí esa frase, deduje que posiblemente su chavo la había cortado o se había enterado que la estaba engañando con su mejor amiga. Suele pasar.

E.R.: A ver si entiendo: a partir de esa frase que publicó su amiga, ¿usted quiso indagar acerca del tiempo perdido en una relación de pareja? Explíquese, porque no le estoy entendiendo.

E: Simplemente no estuve de acuerdo con esa frase. Yo creo en el amor verdadero. Debía defender mi postura. Entonces, tomé mi cuaderno y comencé a escribir una respuesta a esa frase.

E.R.: ¿Cuál fue su respuesta?

E: Lamentablemente, no la publiqué. Pero puedo decirle cuál fue mi respuesta, después de haberlo escrito y pensado varias veces.

E.R.: Por favor, dígala.

E: *El tiempo es relativo para cualquiera de nosotros. Posiblemente no sea nada de lo que hayamos vivido durante esos años de infancia, de adultez y de vejez. Pero con lo único que yo difiero es que nunca hayamos tenido tiempo para nada; ni para la amistad, ni para el amor, ni para el odio, ni para la tristeza, ni mucho menos para nosotros mismos. El tiempo seguirá existiendo, siempre y cuando seamos conscientes de ello.*

E.R: ¡Magnífica respuesta! Un poco rebuscada pero muy contundente. No entiendo por qué no la publicó.

E: Por hueva, y porque soy muy celoso de lo que yo escribo.

E.R: Bueno, bueno, bueno... pero usted no me ha dicho, ¿cómo llegó a la conclusión de que el tiempo nunca se termina, que es cíclico e infinito?

E: Es muy fácil. Estaba escribiendo estas palabras, que usted de acaba de escuchar, cuando en eso vi mi reloj de pared. Era las dieciséis horas con cuarenta y cinco minutos. El segundero hacía un recorrido muy rápido. Seguía escribiendo. Ahora eran las veinte horas con treinta minutos. El segundero seguía su recorrido marcado. Tic-tac, tic-tac, tic-tac... Era incompresible, para mí, que el tiempo siguiera su curso. Hasta que un rayo de luz y un poco de comida me hicieron entender que el tiempo jamás se termina. Cumple con un ciclo y comienza con otro. El día tiene veinticuatro horas. Terminadas esas horas, comienza a hacer un nuevo recorrido. Entonces, para concluir, pensé: «El tiempo jamás termina. Es cíclico e infinito».

E.R: Okay... o sea... ¿su famosa conclusión se basa en la forma circular de un reloj de pared y las horas que transcurren en un día?

E: Así es.

E.R: Entonces, ¿no fue la frase de su amiga lo que lo motivó a hacer esa reflexión acerca del tiempo y el espacio?

E: Para nada. Sólo quería compartir mi punto de vista. Usted que se emocionó conmigo, haciéndome preguntas a diestra y siniestra.

E.R: Como dije con anterioridad, pensé que usted, era mi entrevistado especializado en la materia.

E: No lo vea de ese modo. Aparte tiene una auténtica entrevista con un hombre ordinario y nada pretencioso. Un poco loco, eso sí. Pero ¡auténtico! Si me disculpa, me retiro. Voy a seguir pensando cómo morirme. Me despido. Bye.

E.R: ¡Dios mío! Esta entrevista acaba de ser un desastre. Pobre de mí. Mi carrera se irá al desagüe.

Entrevistado especializado: Perdón por la demora. Hubo un accidente entre la Av. Cuauhtémoc y la calle Dr. Márquez. No lo creerán: un carrito de hot dogs se estrelló con un Malibu 2018 color zafiro metálico. Fue tal el impacto que salieron volando miles de salchichas calientes con un poco de cátsup y mostaza. Y yo que odio la mostaza en mi salchicha, y más cuando está caliente.

LA VIDA MARITAL NO ES NADA FÁCIL

En la mesa de un restaurante de lujo, una pareja de hombres comía placenteramente. El de la izquierda se llamaba Daniel, y el de la derecha, Ángelo. Se amaban muchísimo.

—Estoy tan contento que podría comerme todas estas fresas con chocolate —dijo Ángelo alegre.

—Querido, sabes lo mucho que te amo. —Daniel tomó la mano izquierda de Ángelo, la levantó hasta la altura de su barbilla y la besó—. Tú eres lo mejor que me ha pasado en mi vida.

—Daniel, qué cosas dices. Si apenas llevamos un mes de casados. Tampoco es para tanto. Nos conocimos en el *gym*. Siempre intentabas impresionarme con tus formidables músculos. Me enamoré de tus enormes glúteos, tu espalda ancha y tu pene firmemente erecto.

—Debo hacerte una confesión: me inyecté esteroides en el pene.

—Con razón no cabía en mi ano. Ahora comprendo por qué las mujeres del *gym* te veían con tanto antojo sexual.

—Llegué a sufrir de acoso sexual por partes de ellas. ¡Imagínate! Me perseguían hasta las regaderas para hacerles sexo oral.

—¡Qué barbaridad! Mira, eso no importa. Estamos felizmente casados, comiendo en un restaurante de lujo y más tarde iremos a ver *Cats* en el Teatro Telcel. No me imaginó el dineral que habrás gastado en aquellos boletos de primera fila.

—Sé lo mucho que te gusta los musicales, querido. Por eso, quise dártelo como un regalo especial.

—No tenías que haberte molestado —dijo Ángelo algo apenado—. Con que estés a mi lado, es más que suficiente.

—Entonces —propuso Daniel—, ¿por qué no me das un beso?

—¿Un beso? ¿Qué dirá la gente de nosotros?

—Qué digan lo que quieran. A fin de cuentas, somos esposos, ¿o no?

—Bueno, eso sí.

—Anda, dame un beso —insistió Daniel.

—De acuerdo. Pero... cierras los ojos.

Daniel cerró los ojos. Ángelo se acercó para darle un beso. Durante aquellos segundos, se escuchó un pequeño ruido metálico. Él apartó sus labios y lo miró con seriedad.

—Tu cremallera está abierta. Dime, ¿te excitaste?

—Un poquito —dijo Daniel avergonzado.

—Súbetela, por favor. No hagamos desfiguros en un lugar público.

—Lo siento. Ya sabes cómo me pongo cuando tú me besas —observó el rostro serio de Ángelo—. *Okay, okay, okay*. Ahorita me lo subo. Caray, esta cosa no sube.

—Métete el pene, primero.

Daniel metió su pene. Pudo cerrar la cremallera con facilidad, sin embargo, se asomaba un pequeño bulto en la parte delantera del pantalón.

En la recepción del restaurante, una mujer —de tez blanca, esbelta y hermosa— llegaba con sus amigas. Todas hacían escándalo. El recepcionista solicitó el nombre de la persona que había hecho la reservación.

—A nombre de Melina Buenrostro.

—Buenrostro, Buenrostro, Buenrostro... ¡Buenrostro! Melina Buenrostro. Mesa 17 para cinco personas. Pasen.

Siguieron al recepcionista hasta su mesa. Se sentaron y se acomodaron. En eso, llegó el camarero para darles sus respectivos menús. Todas los abrieron y comenzaron a revisarlos de arriba abajo; menos una, que tuvo que pasar al baño.

—A mí me trae un *Foie Gras*, una copa de *Inglenook* del 41 y después un tiramisú —dijo Marian.

—A mí me puede traer un pollo a la parmesana, trufa blanca y un Martini seco con una rodaja de limón —dijo Bianca.

—A mí un *Sukiyaki de Wagyu*, una copa de vino blanco y un panna cotta —dijo Clarisa.

—A mí un *Ramen*, un queso de leche de alce, un omelette de caviar Sevruga, un asti con fresa y de postre un *mousse* de chocolate —dijo, por último, Melina.

—Muy bien. En un momento llegan sus platillos. —El mesero se llevó todos los menús—. Con su permiso.

Cuando se fue, comenzaron a platicar entre ellas.

—¡Caray, Melina! ¿Tanta comida para ti sola? Vas a perder la figura que tienes —dijo Clarisa burlonamente.

—Eso no me afecta. Mi metabolismo trabaja muy rápido. Nací con los genes buenos de la familia de mi madre. Jamás me verán con un gramo de más en este precioso y provocativo cuerpo.

Todas estuvieron de acuerdo con Melina.

—Aparte —añadió Bianca—, eres una modelo a seguir. Sólo mirarte, eres bella, inteligente, con dinero y estás felizmente casada con un hombre fiel.

—Y cumplidor en la cama, que no se les olvide eso, chicas.

—¡Sin duda! —respondieron las tres amigas al mismo tiempo.

—Anda, dinos, ¿cómo es tu marido en la cama? —insistió Clarisa.

—Es, cómo decirles, un depredador sexual.

—Ji, ji, ji. ¡Amiga! Cuéntanos más —dijo Marian.

—Mi marido tiene mucha práctica en estos asuntos eróticos. En la noche de bodas me arrojó a la cama con fuerza, me arrancó el vestido de novia, no quiso que me quitara las medias porque decía que le excitaban muchísimo vérmelas puestas.

—¿Qué hizo después? —preguntó Bianca.

—Yo estaba acostada bocarriba. Él iba besando parte por parte mi cuerpo. Se detuvo en mi vientre, lamió mi ombligo y, después, se fue hasta los pies.

—¡Los pies! —exclamaron las tres amigas desconcertadas.

—Verán, su fetiche ha sido los pies femeninos. Y los míos cumplen con ese requisito erótico.

—¡Huácala! —expresó Clarisa con asco—. No quisiera que un hombre me lamiera los pies. Eso es... repugnante.

—Ni tanto. Con el tiempo te acostumbras. Por ejemplo, en mi caso, le encanta hacerlo cuando tengo puestas mis *flats*. Para él eso potencializa su actividad sexual.

—Bueno —interrumpió Marian—, dejemos este tema a un lado. Mejor platiquemos de otra cosa.

—Así es —dijo Bianca—. Melina, ¿dónde está tu marido?

—Se fue a Monterrey a una reunión importante. Estará una semana por allá.

—Qué bueno, amiga, que tengas a un marido tan trabajador. Al mío casi no lo veo. Rara la vez que vine a la casa —dijo Bianca.

—Pues ¿en qué trabaja tu marido? —preguntó Melina.

—Es administrador general de un hotel de cinco estrellas en Yucatán —respondió Bianca.

—¿Y el de ustedes, chicas?

—El mío es gerente de una cadena de hamburguesas internacional —dijo Clarisa orgullosa.

—Pues el mío es un arquitecto de renombre. Dice que construyó el Acuario Inbursa, ¿ustedes pueden creerlo? —dijo Marian sorprendida.

De pronto Clarisa se percató de algo.

—Ya tardó mucho Nicole en el baño ¿Le habrá afectado el jugo de betabel que se tomó antes de venir con nosotras?

—Quién sabe —dijo Melina sin tanta importancia—. Ya sabes cómo es ella: siempre distraída y con problemas urinarios. ¿No tendrá la vejiga caída?

Todas se rieron a carcajadas.

Nicole apareció repentinamente. No alcanzó a escuchar lo que Melina había dicho de ella. Se sentó, sacó de su bolso de mano un pañuelo de tela, se secó las gotas de sudor del rostro y respiró hondo. Se acomodó los lentes y se unió a la plática.

—Perdón por la demora, chicas. Tuve algunos problemas en el baño.

—Ya nos imaginábamos que te habías quedado atorada en el inodoro. Con eso de que tomaste dos litros de jugo de betabel, habrías tenido problemas para orinar fácilmente —dijo Marian sarcásticamente.

—Al contrario, no paraba de orinar. Sí me hizo efecto el condenado jugo de betabel. Pero eso no fue por lo que me tardé mucho.

—¿Entonces? —preguntó Clarisa.

Nicole miró a Melina con cierto temor.

—¡Suéltalo de una vez, Nicole! —exclamó Bianca impaciente.

—Está bien. Pero, se los advierto, alguien saldrá herido o hecho un demonio —dijo Nicole preocupada.

—¡Cuéntanos ya! —sentenció Melina.

—Bueno, ya qué. Antes debo preguntarte algo, Melina

—¿Sí?

—Tu marido, ¿dónde está?

—En Monterrey, en una reunión de trabajo con unos ejecutivos de una compañía de autopartes.

—*Okay* —Nicole se quedó callada por un momento—. ¿Cuándo regresa, si se puede saber?

—El jueves de la siguiente semana.

—¿Estás segura de eso?

—Segurísima —Melina empezó a sospechar—. ¿Por qué tantas preguntas acerca de mi marido? Acaso, ¿te gusta?

—No es eso. Lo acabo de ver al otro lado del restaurante. Está con un hombre de buen aspecto físico, moreno y muy guapo.

—¡Caray! ¿No lo estarás confundiendo con alguien más? —dijo Marian.

—Se los juro, chicas. Lo acabo de ver. ¡Está con un hombre! —gritó Nicole.

—¿Por qué no llamas a su celular para asegurarte que esté en Monterrey? —sugirió Clarisa a Melina.

—Eso haré. No podría soportar otro engaño más. El primero fue en la preparatoria: mi mejor amiga me quitó a mi novio.

—¿Quién? ¿Kevin? Si ese era muy mujeriego —dijo Bianca.

—Lo sé. Pero... ¡no debía engañarme con mi mejor amiga! Habiendo tantas opciones buenas, haberse ido con ella. Qué mal gusto tenía Kevin.

—¿Kevin no era aquel chavo que vendía drogas afuera de una secundaria? —preguntó Nicole.

—Sí, pero cogía muy bien. Aparte me traía muy buenos regalos, hasta que la policía lo agarró.

—¿La policía lo agarró o tú lo denunciaste porque no fue a tu fiesta de cumpleaños? —inquirió Nicole.

—¡Cállate! Lo hice por razones que tú no comprenderías, Nicole —sacó el celular de su bolso de mano y marcó un número telefónico—. Estoy llamando a Daniel. Contéstame, contéstame, contéstame.

Como era de esperarse, Daniel ignoró las llamadas de Melina. A su vez, ella comenzó a tener un terrible ataque de nervios. En pocos segundos, sus ojos se tornaron rojos, su rostro palideció, sus labios se resecaron y su estado de ánimo decayó por completo.

—Nicole, ¿dónde está mi marido? —preguntó Melina un poco alterada.

—En aquel extremo. Cerca de la mesa de los postres afrodisiacos.

Se encaminó, con paso trémulo, hacia donde estaban su marido y su amante (ella no sabía que era su esposo).

—Con que éste es tu trabajo de negocios, ¿verdad, Daniel? —aparentó tener una templanza inquebrantable.

—¡Melina! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No estarías de compras con tus amigas? —dijo Daniel sorprendido.

—¿Cómo lo sabes? —intentó concentrarse—. Eso no importa. Lo que me interesa saber es por qué me engañaste con este tipejo musculoso.

—Más respeto para mí, señorita —protestó Ángelo.

—¡Señora! —le mostró la mano izquierda donde tenía el anillo de matrimonio—. Vea, ¡soy su esposa!

Ángelo también mostró la mano izquierda con el mismo anillo.

—Yo también soy su esposo.

—¡Maldito, desgraciado! Esta sí no te la perdono —tomó un cuchillo, que estaba encima de la mesa. Estuvo a punto de clavársela en el pecho, si no fuera porque Marian la detuvo a tiempo.

—¡Miguel! ¿Qué haces aquí? —dijo Marian.

—¡Miguel! —exclamó Melina.

—¡Arturo! —dijo Bianca.

—¡Arturo! —repitió Melina.

—¡Mario! —dijo, por último, Clarisa.

—¡Miguel! ¡Arturo! ¡Ahora Mario! —Melina estuvo a punto de un colapso nervioso—. ¿Nos debes una explicación a las cuatro?

—A mí también —protestó Ángelo.

—Bueno..., a los cinco.

—Esperen, esto tiene alguna explicación —intentó controlar la situación.

—Marian, ¿cuánto tiempo tienes de casada con él?

—Cuatro meses.

—Tú, Clarisa, ¿cuánto?

—Tres meses.

—¿Bianca?

—Dos meses.

—¿Y tú...?

—Me llamo Ángelo.

—Ángelo, ¿cuánto tiempo?

—Un mes.

—Yo me casé con él hace tres semanas —dijo Melina decepcionada.

—Señoras, dejen que les explique todo —dijo Daniel con una voz temblorosa.

—¡Nada! ¡Sobre él chicas y tú también Ángelo! —ordenó Melina.

(Esta parte de la historia no será narrada por contener imágenes violentas y un lenguaje ofensivo.)

Cuando los cinco terminaron de golpearlo y haberle fracturado el pene, se fueron del restaurante. Nicole, la única que se había quedado en la mesa a comerse todos los platillos de sus amigas, fue a auxiliar a Daniel... no, Arturo... no, Miguel... no, Mario... Bueno, a ese hombre.

—¿Todo bien? —preguntó Nicole.

—Algo —miró su cremallera abierta con el pene ensangrentado—. ¡Mierda! Me han roto el pene. Me saldrá un dineral componerlo.

—Déjame verlo. —Nicole se agachó, tomó el pene con muchísimo cuidado y lo envolvió con una servilleta de tela—. No está tan mal. Sólo fue una pequeña fractura.

—¡Rayos! Ahora, ¿cómo cogeré?

—Si quieres, ¿puedes hacerlo conmigo? Te prometo no exigirte mucho. Más que nada, para que no te lastimes.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. ¿Qué más puedes perder? Te golpearon todas tus esposas y tu esposo. Es posible que te demanden por bigamia. Yo, por el contrario, estoy soltera, dispuesta a todo. Te cuento algo —le susurró al oído—, no he cogido nunca con un hombre. Tú serías el primero con quien lo haría.

—No se diga más, vámonos al baño. Allí no nos molestarán.

—Perfecto. Pero que sea en el baño de mujeres. Aún tengo los efectos del jugo de betabel que me tomé por la mañana.

Antes de que se fueran al baño, el camarero llegó con la cuenta en mano.

—Señor, su cuenta.

—Déjela encima de la mesa. Voy al baño con mi esposa —mintió—. Por favor, agregue a la cuenta todos los daños que hicimos. Le pagaré hasta el último centavo.

—Muy bien, señor. Antes debo cobrarle por usar el baño como habitación de placer.

—También agréguelo a la cuenta. Yo se lo pago.

—De acuerdo, señor. Con su permiso.

El camarero se retiró. Ellos se fueron felices al baño de mujeres. Y todo transcurrió como si nada hubiese pasado.

UN CRIMEN INSOSPECHADO

El hecho ocurrió en el otoño de 1928, en un restaurante de Manhattan. Un chico, de nombre desconocido, fue hallado muerto sobre una mesa donde comía tranquilamente. El cuerpo estaba impoluto.

Quentin Gittes era el detective que se encargó del caso. Llegó a las veintiuna horas con quince minutos. Hubiera llegado antes si no fuera por estar en privado con la señorita Nancy Hundson. El asunto: probar la inocencia carnal de su clienta y cobrar unos cheques a nombre de su abuela, que vivía en Los Ángeles.

La escena del crimen parecía inquietante. Quentin Gittes buscó, en su gabardina, un cigarro. Encontró uno, algo maltratado. Lo encendió y sacó una bocanada de humo. Caminó hacia donde estaba el chico. Lo observó con detenimiento. Sobre la mesa había dos saleros, una botella de *Kétchup*, un refresco de cola, un omelette y un pan tostado con mantequilla.

El dueño y el cocinero veían detrás del mostrador cómo Quentin hacía su trabajo. Lucas, el cocinero, le susurró algo al oído de Samuel.

—¿Tardará mucho? Debemos seguir trabajando.

—No te preocupes. Creo que sólo revisará el cuerpo del chico.

—¿Crees que esté muerto? —dijo, quitándose el gorro de cocina de la cabeza.

—Es posible. Pues, ¿qué le diste al muchacho?

—Lo mismo de siempre: un omelette, un pan tostado con mantequilla y un refresco de cola.

—¿Procuraste que los huevos estuviesen frescos?

—Claro, Samuel. Hasta yo mismo los saqué del gallinero.

—¿Te fijaste que fueran de gallina blanca?

—Hmmm... —Lucas calló por un momento.

—¿Por qué no me respondes?

—Es que... no fueron de gallina blanca.

—¿Entonces, de qué gallina fueron?

—De la prieta.

—¡Maldito negro, imbécil! Sabes muy bien que las gallinas prietas son de mala suerte. Con razón el muchacho acabó por morirse aquí.

—Lo siento. Pero a la gallina blanca la habíamos matado para hacerla pollo frito. No te acuerdas que vinieron la semana pasada dos boxeadores profesionales.

Samuel estuvo a punto de ahorcarlo, cuando Quentin se acercó hacia ellos.

—Buenas noches, señores —tiró la colilla de cigarro al suelo—. Soy el detective Quentin Gittes. Vengo a hacerles algunas preguntas acerca del caso de este chico. ¿Puedo contar con su ayuda?

—Por supuesto, detective —dijo Samuel amablemente.

—Muy bien. ¿Cuánto cuesta el omelette? —preguntó Quentin a los dos hombres.

—Disculpe —dijo Lucas extrañado.

—Sí, ¿cuánto cuesta el omelette?

—Cincuenta centavos —contestó Samuel.

Quentin sacó una pequeña libreta de su gabardina y anotó el precio del omelette.

—¿El pan tostado?

—Veinte centavos —respondió Lucas

—¿Y con mantequilla?

—Veinticinco centavos.

Siguió anotando en la libreta.

—¿Preparan filete de res con puré de patatas?

—Sí.

—¿Tienen bebidas alcohólicas?

—Clandestinamente —dijo Samuel.

—Qué interesante —Quentin arqueó la ceja izquierda.

La tensión entre Samuel y Lucas incrementaba a cada minuto. A uno de ellos comenzaron a brotarle unas gotas de sudor en la frente. Quentin Gittes continuó con el interrogatorio.

—¿Quién es el dueño del lugar?

—Yo, detective —alzó la mano Samuel.

—¿Su nombre?

—Samuel Miller.

—¿Dónde vive?

—En Greenwich Village.

—¿Está casado?

—No.

—¿Qué relación tenía con el muchacho?

—Ninguna, detective.

—¿Desde hace cuánto vine al restaurante?

—Unas tres semanas, creo.

Ahora se dirigió a Lucas.

—Negro, ¿tu nombre?

—Lucas Wilson.

—¿Dónde vives?

—En Harlem.

—¿Estás casado?

—Sí.

—¿Hijos?

—Ninguno.

—¿Conocías al muchacho?

—No.

—¿Qué ordenó para comer?

—Un omelette y un pan tostado con mantequilla.

—¿Ordenó refresco de cola?

—Sí.

Quentin dejó de anotar en la libreta y la guardó en el bolsillo derecho de la gabardina. Caminó por todo el restaurante. Entró a la cocina. La revisó de arriba abajo. Abrió el refrigerador, vio la comida y examinó todas las bebidas alcohólicas que estaban guardadas en un almacén secreto. Se encaminó hacia las mesas. Las midió una por una. Se sentó frente al muchacho. Le levantó la cabeza. Olió el omelette, aún seguía caliente. Tocó el pan tostado por los bordes. Lo dejó en el plato. Se apartó de aquella mesa. Se acercó nuevamente hacia Samuel y Lucas.

—Señores, debo hacer un reporte de todo lo que he visto en este lugar —sacó otra vez la libreta del bolsillo derecho de la gabardina y comenzó a escribir—. Primero, debo reportar su almacén de bebidas alcohólicas. Saben que es un delito venderlas.

—Bueno —dijo Samuel consciente de que su negocio se iría a la quiebra por la falta de bebidas alcohólicas, y por una posible vinculación con la mafia italiana.

—También por la poca higiene que hay en este lugar, sin contar que la mayoría de sus productos, que sirven a sus clientes, están en un mal estado.

Lucas intentó controlarse. Sabía que la comida que servían estaba en un estado casi de descomposición. Si no fuera por las recetas de su abuela de Mississippi, la gente no vendría a comer.

—Las mesas no están a la misma altura que deben estar las otras. Enfóquese al Reglamento Estatal de Mobiliario Restaurantero de Manhattan.

—Lo haré, detective —contestó Samuel dócilmente.

—El pan tostado está quemado. El omelette debe prepararse con huevos de gallina blanca y no de prieta —dijo al mismo tiempo que mostraba una pluma negra de gallina, que había encontrado en el omelette—. La mantequilla es de leche de cabra. Le sugiero que compre la de burra, sale más barata y evita las flatulencias.

Lucas sólo lo escuchaba. No estaba de acuerdo con que juzgase su comida de esa manera. Ahora resultaba que los detectives podrían ser hasta críticos de cocina.

—Y otra cosa más: tráigale una cobija a este chico.

—¿Lo llevará tapado hasta la morgue? —preguntó Samuel algo inquieto.

—¿La morgue? No. Es para que no le dé un resfriado.

—¿Cómo? ¿Un resfriado? —dijo Lucas confundido.

—El muchacho no está muerto. No tiene nada grave. Sólo se tomó un somnífero por error.

—¡Por error! —gritaron desconcertadamente.

—Sí. Encontré, en el bolsillo izquierdo de su abrigo, dos frasquitos de medicina: uno contenía vitaminas, y el otro, somníferos. Debió tomárselas por equivocación —vio su reloj de pulsera—. Despertará en dos o en tres horas.

—Si usted sabía que no estaba muerto, ¿por qué nos hizo pasar por este maldito interrogatorio? —dijo Lucas molesto.

—Soy un detective, y ése es mi trabajo. ¿Cuándo ha visto a un detective que no haga preguntas a los sospechosos o implicados en un crimen? Bueno, en este caso, no lo hubo.

—¿Y por qué preguntó por los precios de la comida?

—Ah, porque tengo mucha hambre —arrancó la hoja y se lo dio a Lucas—. Negro, atiende esta orden. Me sentaré en la barra. Y, otra cosa —se dirigió a Samuel—, tráigame un whisky en las rocas, y no los reportaré por vender bebidas clandestinas.

—¡A trabajar, negro! Nos espera un cliente.

—Estoy en eso.

Lucas se fue directamente a la cocina. Se escuchó como preparaba la comida y salía el humo por la ventanilla. La noche transcurrió como si nada. El muchacho seguía durmiendo sobre la mesa. Quentin Gittes comió, bebió y pagó la cuenta. El caso estaba cerrado.

CONVERSACIÓN ENTRE MUJERES

—Yolanda, esto ya no funciona.

—¿Qué? ¿Tu secadora para el cabello?

—¡No! Mi matrimonio.

—¿Desde cuándo ha funcionado bien?

—No empieces con tus bromitas. Anda, ayúdame con esto.

—*Okay*. Ponte de pie. Derechita. ¡Caray! Esto no sube.

—Haz un intento, por favor. Debo verme bien para la cena con los García Montes

—¿Irás a cenar con ellos? ¿No que te caían muy mal?

—Y me siguen cayendo de la chingada... ¡ups!, perdón. Se me salió sin querer.

—No te preocupes. Me sorprende que no digas groserías, a diestra y siniestra. ¿Qué pasó con la Lizbeth que conocí hace muchos años? No se le cocía un huevo en la boca.

—El matrimonio, mujer, ¡el matrimonio!

—Por eso no me casé.

—A lo mejor será porque tú estabas ligándote a otros partidos, diferentes a los míos.

—No es eso. Sólo que... no me gusta verme atada en algún compromiso. Ya sabes, me gustan las relaciones abiertas.

—¿Te gustan las relaciones abiertas, o tenerlas bien abiertas?

—Las dos cosas, querida. Je, je, je.

—Bueno, ¿qué pasa contigo? ¿No tienes fuerzas?

—De que tengo fuerzas, las tengo. Pero no cierra tu vestido. No habrás subido de...

—¡Cállate la boca! Jamás en mi vida he subido de peso. Me mantengo en los cincuenta.

—En los cincuenta años que tienes.

—¡No! En los cincuenta kilogramos.

—¡No manches! Eso pesaría una adolescente de veinte años. Tú ya estás vieja.

—Acuérdate que toda mi familia es delgada. Ve a mi hermana Lucia, sigue igual que hace veinte años.

—Claro. Sin contar su divorcio, la depresión y la larga temporada que estuvo internada en un hospital privado; hasta yo me mantendría en mi peso. Me sorprende que no haya tenido rebotes como otras mujeres.

—Te digo, nadie en mi familia ha engordado en su vida. Ni siquiera los hombres.

—No empieces de mamona. Si dejaras tus rutinas de ejercicio por un mes y aquellas dietas insípidas, estarías hecha una vaca.

—¿Qué? ¿Envidia?

—No. La realidad.

—¿Y tú, no has subido de peso en estos años?

—Claro que sí. Poquitos, pero me mantengo en mi peso ideal.

—¿Cuánto pesas?

—Setenta y dos kilogramos.

—¡Dios bendito!

—¿Qué?

—¿Eso pesas?

—Sí.

—Estarías con sobrepeso.

—Y eso qué. Mido uno setenta y cinco.

—No cuentes los tacones, querida.

—No los estoy contando. Eso es lo que mido. Toda mi familia es alta.

—Y tal parece que gorda también.

—Ay, Lizbeth. Tú y tu enferma manía del peso. Admítelo, has subido unos cuantos kilos.

¿Qué tiene de malo?

—¡Mucho!

—¿A poco eres modelo de talla internacional?

—No.

—¿Eres actriz de telenovelas?

—Tampoco.

—¿Entonces?

—Es que... es que... es que... no me veo con un cuerpo gordo.

—Querida Lizbeth, todas pasaremos por ese momento. Hay mujeres que eran delgaditas, como tú; llegaron a los sesenta años, o más, y perdieron sus figuras envidiables. Mira cómo quedó Taylor Swift.

—¿Taylor Swift?

—Sí, Taylor Swift, esa actriz que hizo *Cleopatra* y ganó el Óscar por *¿Quién le teme a Virginia Woolf?*

—¡Pendeja! Ésa es Elizabeth Taylor, no Taylor Swift.

—¡Ah! Entonces, ¿quién es la otra?

—Una cantante pop que se la pasa componiendo canciones a sus ex novios. Es algo mamona, pero tiene bonito cuerpo.

—Luego me la envías por *WhatsApp*.

—Y ahí vas con tus cosas. Por eso no te casas.

—¿Qué? A mí me gustan las mujeres.

—Ya lo sé.

—Es más, quería estar contigo. Me gustabas muchísimo.

—Sí. Nunca se me va a olvidar el ramo de rosas que me enviaste en mi cumpleaños.

—No se te olvide el *babydoll* rojo y las medias rojas.

—Cómo olvidarlas. Aún las tengo.

—¿Y has sacado provecho de ellas?

—Para nada. Ni siquiera las usé para mi luna de miel.

—Muy mal, querida, muy mal. Ahora entiendo porque tu matrimonio va de la chingada.

—Bueno, más allá de eso, la mera verdad es...

—Déjame adivinar, ¿hay una amante en todo este asunto?

—¡Ni lo digas en broma! No aguantaría otra infidelidad.

—¿Otra?! ¿Cuál fue la primera?

—Con un chico de la universidad.

—Anda, anda, anda. ¿Cómo se llamaba?

—Rogelio Peraltas.

—El nombre me indica que era un chico varonil.

—Pues... ni tanto.

—¿A poco era gay?

—No.

—¿Entonces? ¿Cómo está eso de que “ni tanto”?

—Era un mocoso.

—¿Te gustaba andar con menores?

—¡No! Tenía cara de mocoso, o sea, parecía un chico de secundaria.

—¡Oh! Ahora entiendo. Lo mismo me ha pasado. Aunque, debo serte franca, me gusta estar con menores.

—Aguas, mujer. No quiero enterarme de que te metieron a la cárcel por acosar a una menor.

—No te preocupes por eso. Mientras las “feministas” sigan culpando a los hombres (sin ninguna razón), nosotras estamos libres de la mirada pública. ¿Quién se atrevería a denunciarme? Sólo una mujer resentida, envidiosa o despechada.

—También lo puede hacer un hombre.

—Lo sé. Pero, ponte a pensar en esto, ¿a quién le crearían más: a un hombre o una mujer?

—Cierto.

—Aparte, fuera de todo esto, yo soy muy responsable con mis relaciones. No soy la clásica lesbiana que acosa a otras mujeres, sólo para satisfacer su apetito sexual. Para eso me masturbo.

—¡Iugh! ¡Qué asco!

—No me digas que jamás lo has hecho. ¿Qué eres una abnegada religiosa? Eso es parte de nuestra vida sexual.

—¡Cállate! Sigamos con la historia del chico de la universidad.

—Se me había olvidado. Me decías que tenía un aspecto de mocoso. ¿De a perdis estaba guapo?

—No. Era chaparrito y moreno. Hazte de cuenta que se parecía a *Memín Penguín*, sólo que con algo de cabello y menos trompudo.

—¡Uta! Yo pensaba que tenías mejores gustos.

—Lo mismo dije yo, tiempo después.

—Y ¿cómo cortaron?

—No te acuerdas de lo que te dije: por una infidelidad.

—Cierto. Qué estúpida soy. ¿Con cuántas mujeres te engañó?

—Con tres.

—Y, mínimo, ¿eran guapas?

—Sólo una. Las otras estaban horribles.

—Tanto así. Descríbemelas.

—La primera era chaparrita, unos centímetros menos que él.

—Continua.

—Tenía cara de enanito amargado. Hasta eso vestía con elegancia. Tenía bonito cabello y hablaba con una voz tierna.

—¿Dónde estaba lo malo en ella?

—Era una pinche perra del demonio. Le gustaba manipularlo. Hubo un tiempo que no venía a visitarme. Con decirte que le compró un pastel el día de su cumpleaños.

—¡Qué cabrón! ¿Y a ti, qué te daba?

—Nada. Sólo me enviaba unas cartitas de amor, de vez en cuando.

—¡Hijo de su chingada madre! Hasta a mí me hizo enojar. ¿Y la otra chica? ¿Cómo era?

—Igual de fea. Sólo que ella tenía nariz de águila chueca. ¿Te acuerdas de esta actriz que salía en las películas de Almodóvar?

—¿Quién, Penélope Cruz?

—No. La otra. La de nariz grande.

—Rossy de Palma

—Esa mera.

—Ya me la imaginé. ¿Qué era lo rescatable en ella?

—Tenía muy buenas piernas. Cualquier calzado le iba de maravilla. Pero de cintura para arriba...

—Claro, un desastre.

—Tenía más panza que mi padre borracho.

—¿Y la tercera?

—Ella sí estaba guapa. Tenía un cuerpazo de envidia. Senos grandes, nalgas redonditas y una cinturita de avispa. ¡Huum! Se me antojaba tenerlas.

—¡Ay, caray, Lizbeth! No te sabía esos gustitos lésbicos.

—¡No, pendeja! Tener su cuerpo.

—¡Ah, ya! Con ella, te emputaste más, ¿verdad?

—Ni tanto. Con las primeras, sí.

—¿Qué defecto tenía?

—Que era frentuda. ¿Recuerdas al pez beta que salía en la película de *El espanta tiburones*?

—Sí. Cómo se llamaba... ¡Lola!

—Ándale. A esa se parece.

—Me estoy dando cuenta que tu ex novio no tenía muy buenos gustos que digamos. Contigo, salió ganando.

—Hazme el favor.

—¿Y cómo te conquistó?

—Con un poema de amor.

—¿¿Con un poema de amor!? ¿Aún se sigue haciendo esas chingaderas?

—En ese entonces, sí.

—¿Qué decía el poema?

—Lo de siempre: mis ojos bonitos, mi sonrisa como un collar de perlas, mi cabello como un mar oscuro tapizado de estrellas y mis pies...

—¿Tus pies? ¿Te salió fetichista?

—Para mi desgracia, sí.

—¿Cuál desgracia? A mí gusta lamerles las plantas de los pies a las mujeres.

—¡Qué asco! No entiendo cómo somos amigas.

—Ya ves. El destino nos unió sin querer. Je, je, je.

—Vaya destino que me tocó contigo.

—Así es. Bueno, ¿cómo cortaste con él?

—Muy fácil, dedicándole un poema.

—¿Era tuyo o de alguien más?

—De alguien más. Era uno de Quevedo. No sé el título del poema, pero empezaba así: *Puto es el hombre que de putas fía, /y puto el que sus gustos apetece; /puto es el estipendio que se ofrece/en pago de su puta compañía. /Puto es el gusto, y puta la alegría/que el rato putaril nos encarece; /y yo diré que es puto a quien parece/que no sois puta vos, señora mía. Mas llámenme a mí puto enamorado, /si al cabo para puta no os dejare; /y como puto muera yo quemado...*

—¡Te la mamaste! No entendí ni puta idea del poema. Pero suena contundente. ¿Y te respondió?

—No. Ya no supe nada de él.

—Míralo por este lado, querida, te libraste de un mujeriego andante... perdón, un puto mujeriego. Digo, para hacerle honor al poema de Quevedo.

—Sí. ¿Qué hora es?

—Van a dar las nueve de la noche.

—¡Madre santa! ¿Qué pasó contigo, Yolanda? ¿No que estabas subiéndome el cierre del vestido?

—En eso estoy. A ver, mete la panza. Un poco más, un poco más, un poco más... ¡Listo!

—¡Uf! Qué apretado está.

—*Con un poco de mantequilla y sin respirar*, podrías entrar perfectamente en el vestido.

—Cállate, maldita. Pásame los tacones negros, que están junto a la cama; y el abrigo de piel, que está dentro del armario. Rápido, mujer, que llega Jorge en poco tiempo.

—A sus órdenes, jefa.

—Algo de lápiz labial, tantito perfume y estos aretes. ¡Perfecto! ¿Cómo me veo?

—De maravilla. Aunque...

—¿Qué?

—Se te sigue viendo un poco de pancita. ¿Has ido al baño con frecuencia?

—Lo normal. De seguro que debe de ser un problema de colitis.

—O de pedos atorados.

—No empieces otra vez con tus guarradas.

—No te enojés. Sólo decía.

—Bueno. Bajemos de una vez. Lo esperaré en el estacionamiento.

—*Okay*. Pero antes, ¿qué problemas tienes con tu matrimonio?

—¿Problemas?

—Lo dijiste desde el principio de la conversación.

—¡Ah, sí! Cosas de esposos.

—No me digas, ¿problemas en la cama?

—No. Hasta eso lo hace excelente.

—¿Económicos?

—Todo bien.

—¿Hijos?

—No tenemos planeado tenerlos, por el momento.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Mmm, si te lo digo, prométeme que no se lo dirás a nadie, ¿de acuerdo?

—Lizbeth, para eso somos las amigas. Anda, dime, ¿cuál es ese problema que te molesta muchísimo?

—Me salió gay, el desgraciado.

—¡No mames!

—Y eso no es lo peor. Vamos con los García Montes para darle la noticia a su mujer.

—¿Cómo? No entiendo nada.

—Sí, mi esposo y su amigo, son amantes.

—Yo te pregunté si había una amante de por medio, y tú lo negaste.

—Tú misma lo acabas de decir: una amante, no ¡un amante!

—¡Ah! Entiendo la diferencia.

—Para complicar aún más las cosas: se van a casar.

—¡Ay, amiga! Lo siento.

—No te preocupes por eso. Lo asimile hace dos meses.

—¿Qué pasará contigo, la casa y tus cosas?

—Estamos en una disputa legal. Es posible que tarde unos meses más. Qué tonta fui, haber aceptado casarnos por bienes compartidos.

—Ni modo. Otra razón para no casarme jamás en mi vida.

—Así es. No cometas el mismo error que yo.

—En fin, me despido.

—¿A dónde irás?

—A un bar en la zona rosa. Hay unas chicas colombianas a quienes quiero encajarles el diente.

—¡Ve con todo, leona!

—¿Leona? Gatita. Soy difícil de domar. ¡Miau, miau, miau!

—Ja, ja, ja. Ay, Yolanda, jamás cambiarás.

DENLE DE COMER A ESE MALDITO PERRO

Richard estaba en su departamento tomando unas cervezas. Era un día caluroso en la Ciudad de México. Cada habitación parecía una caldera hirviente. El baño —supuestamente fresco— era una sauna; el vapor se sentía al primer golpe, cuando uno lo abría. Nadie se atrevería a cagar en ese inodoro. Es más, la misma caca estaría derritiéndose. Pero eso no era ningún problema para un hombre, lo podría hacer si tenía una cubeta donde depositar sus cagadas y orinas. Al final, como los hacían nuestros abuelitos, daríamos el grito de aviso: «¡Aguas!» A quién le cayó, le cayó.

Richard estaba sentado en su sillón plegable. Estaba cómodo: playera de tirantes, calzones percutidos, calcetas apestosas (fueron un regalo de su madre en temporada navideña) y una cobija vieja y sucia (aún podría verse la mancha de semen que dejó la noche anterior cuando estaba masturbándose). Miraba fijamente la televisión, había comprado una película porno en la glorieta de Insurgentes. De paso adquirió un par de pies de silicón del número cinco.

Eran las tres de la tarde. Él seguía idiotizado con la película porno. No paraba de mirar las nalgas de la actriz. Le encantaban las escenas de sexo oral. De vez en cuando le ponía pausa para tomar unas cuantas fotos a la pantalla del televisor con su celular. Tenía almacenadas unas quinientas fotos de puros pies y calzado femenino.

De pronto alguien tocó la puerta. Richard se asustó. Soltó el celular y cayó al suelo; quebrándose así la pantalla táctil. Ahora no podía seguir tomando fotos. Estaba furioso. Se acercó a la puerta. Miró por el ojillo, era su novia Estela (una hippie de la nueva generación: ecologista, pacifista y vegana). Llevaba puesto un *crop top*¹ multicolor de crochet (sólo le cubría la parte frontal; por detrás, estaba sujeto por dos lazos delgaditos), unos mini-shorts de mezclilla, un morral de lana y unas sandalias con cintillo (compradas en el Chopo). No venía sola, traía a su perro

¹ Una ombliguera o blusa corta que utilizan las mujeres para exponer parte de la cintura, el ombligo y el abdomen.

chihuahua *Chinchin*. Entonces, los hizo pasar a su departamento. Ella olía a marihuana y a peyote. Tenía una sonrisa maniática en el rostro. Caminó por toda la sala. Canturreó algo que ni Richard reconoció. Esperaba que no fuese un mantra satánico. La mera verdad, andaba bastante molesto.

—¿Qué haces aquí, Estela? —la olió— ¡Uta! Apesta de la chingada. ¿Otra vez te volviste a drogar hasta el tope? Déjame abrir las ventanas.

Richard abrió las ventanas de todo el departamento. Encendió el ventilador y roció con un poco de aromatizante en aerosol.

—¿Qué haces, amor mío? Déjate llevar por los aromas de la libertad espiritual.

Estela hizo unos cuantos movimientos en círculo, en medio de la sala.

—Para de una vez, Estela. Te darás un chingadazo, ni yo te podré levantar esta vez.

Estela se detuvo en seco. Caminó hacia el sillón plegable de Richard. Se dejó caer de espaldas. Tiró su morral al suelo. Se quitó las sandalias y levantó la pierna derecha.

—¿Podrías darme un masajito de pies, amor mío?

—¿A esta hora? Todavía es muy temprano.

—¡Estás loco! Si ya van a dar las cuatro de la tarde. ¿No me digas que no has salido en todo el día?

Richard recogió el celular y lo puso encima de la televisión.

—Claro que he salido. Pero lo hice muy temprano.

—¿Qué tan temprano?

—No sé —se rascó la cabeza—. Como a las... siete de la mañana.

—¡Ajá! Que te lo crea la más estúpida de tu familia.

—Ey, con mi hermana no te metas.

—Yo no dije nada de tu hermana. Tú mismo lo acabas de decir.

—¿A poco? —se percató de su respuesta— Ay, cierto. ¡Ya ves lo que me haces decir!

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Quién más?

—No sé, tu hermana.

—Y dale con mi hermana. ¿Qué te traes, pendeja?

—¡Ey, ey, ey! Aguas con esa boquita.

—¿Qué? ¿No te gustó el insulto?

—No —se puso de pie—. Tampoco me gusta que estés viendo esas pendejadas.

—¿Cuáles?

—¿Cómo que “cuáles”? Tus pinches películas porno.

—Y eso a ti qué te importa.

Estela no dijo nada, dio medio vuelta y tomó su morral.

—¿Qué haces ahora?

—¡Vete a chingar a tu madre!

—Aguas con esos insultos. Te recuerdo que estás en mi casa.

—Y yo te recuerdo que soy tu novia.

—Por desgracia.

—¡¿Cómo dijiste!?

—Por desgracia.

—¿Por qué?

Estela volvió a tirar su morral al suelo.

—Porque eres ¡insoportable!

Estela le dio una fuerte cachetada. Richard, por poco, caía encima de la televisión.

—Esto se puso bueno. ¿Dónde quieres tus pinches putazos, maldita perra?

—Eso debería preguntártelo a ti, ¿o no?

—¿No que los hippies son gente pacífica? ¿Qué pasó con esa mamada de “no violencia”?

—Me da igual. Puedo romper las reglas cuando yo quiera.

—Entonces, no eres una auténtica hippie.

—Yo sólo soy una luchadora social en contra del capitalismo.

—Por eso estás como estás.

—Según tú, ¿cómo estoy?

—Hecha una porquería social. Mírate: desaliñada, drogadicta, sin chichis y sin nalgas. ¿Así quién te cogería? Ni tu puto perro lo haría por instinto.

—¡Bájale de huevos, cabrón! Estoy a nada de mandarte a la cama de un solo golpe.

—Con lo escuálida que estás, ¿cuánto dolor podría sentir?

Antes de que Estela pudiera darle el primer golpe, *Chinchin* ladró desesperadamente.

—¿Qué le pasa a ese maldito perro?

—¡Guau, guau, guau, guau!

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la tarde. Lo acabas de decir hace un rato. Yo ni pongo atención a la hora.

—¡Madre santa! Se me ha pasado darle de comer.

—Claro —protestó Richard—. Cómo no va a ladrar de desesperación, si la dueña se la vive puteando a la gente. Y eso sin contar las horas de viaje que te echas encima.

Estela no prestó atención a las palabras de Richard. Buscó cómo tranquilizar a su perro. Lo mimó y le rascó la barriga. Dejó de ladrar, pero su estómago rugió de hambre.

—¿No tienes algo para *Chinchin*?

—Ve en los estantes de arriba. No tengo mucha comida.

Estela se dirigió hacia a la cocina. Bajó al perro, abrió todos los estantes: no hubo nada comestible. Apenas encontró una lata de sopa instantánea.

—Amor mío, ¿no tienes algo más... decente en esta cocina?

—No —se rascó los testículos y se acomodó los calzones—. No he tenido dinero para comprar comida.

—¿Y estas latas de cervezas? —pateó una de ellas.

—Ah, ésas fueron mi reserva de la semana pasada.

—¿Y éstas? —vio que había más debajo del fregadero.

—Fueron un regalo de mi vecino de arriba.

Conforme Estela iba inspeccionando la cocina de Richard, se encontraba con más y más latas de cerveza. Era lógico que no hubiese comida. El perro esperaba ansioso, pues ya tenía muchísima hambre. En eso ella se acercó al refrigerador.

—Déjame ver qué hay aquí —abrió el refrigerador—. Un jitomate podrido, medio envase de leche cortada, más latas de cervezas, ¡no la friegues!, un plato de... ¿qué esto, amor mío?

—¿Qué? —contestó malhumorado.

—¿Esto?

—No sé de qué me estás hablando.

—La carne.

—¿Cuál carne?

—La que tienes guardada en el refrigerador.

—¿Carne? —repitió varias veces—. Carne, carne, carne, carne... ¡Ah, sí! —se acordó de pronto— ¡Claro! Me la regalaron hace... como... cinco días.

—¿Cinco días, dices? Parece que estuvo más tiempo aquí. Incluso se ven unos cuantos gusanitos caminando en ella.

—Entonces, tírala.

—Bueno...

Estela tiró la carne al bote de la basura. El perro estaba desesperado (más que la primera vez).

Intuyó que sería su comida. Comenzó a ladrar nuevamente. Esta vez con mayor fuerza.

—¡Calla a ese maldito perro! —se tapó los oídos.

—No puedo. No hay nada para darle comer —levantó al perro con cuidado y lo arrulló suavemente—. Amor mío, ¿qué haces con el dinero?

—¡Qué te importa!

—Y volvemos a la misma discusión de antes.

Estela bajó al perro, recogió su morral y sacó una bolsita de hierbas medio olorosas. Richard olió su peculiar aroma.

—¡No mames! ¿Y ahora, qué es eso?

—Mi medicina.

—¿Tu medicina? ¿Desde cuándo consumes medicina naturista?

—Tú no sabes nada. Me lo dieron los hermanos del Círculo Espiritual Ancestral *Hamala-Hamala-Hamalí*.

—Entiendo. Tus amiguitos hippies. Puedo decirte algo: son los ninis de la actualidad.

—Me vale una mierda tu opinión. Métetela por el culo.

Encolerizado, Richard la agarró del cabello y la jaloneó por un buen rato.

—Mira, puta hippie, no vienes a mi casa a insultarme. Es más, no entiendo por qué nos hicimos novios. Yo estaba bien sin ti.

Entonces Estela contestó:

—Te recuerdo, amor mío, que fuiste tú quien me trajo a su departamento y quiso que le cumpliera una de sus más grandes fantasías sexuales.

—Ah, sí. Dímelo, porque no lo recuerdo.

—Chuparme los dedos de mis pies. Acaso, ¿se te olvidó?

—No. Ya me acordé.

Soltó a Estela. Ella cayó de rodillas. Se sobó el cuello y se acomodó el cabello. Luego se paró y se puso sus sandalias.

—Como verás la situación, yo las tengo de ganar.

—¿Por qué?

—Porque soy menor de edad.

Richard se quedó sorprendido.

—¡No me chingues! Si tienes el cuerpo de una joven de más de veinticinco años, a pesar que no tengas chichis y nalgas.

—Los hippies somos bellos por naturaleza. No consumimos ningún producto químico que altere nuestro cuerpo.

—Ya veo. Vivir en medio de la mugre tiene sus beneficios.

—Mira quién habla de mugre, si tu casa está en las peores condiciones.

—Esto —extendió los brazos hacia arriba —, querida, es un palacio a lado de tu miserable basurero de hippies.

—Cierto. No puedo discutirlo. Pero somos libres.

—¿Libres de qué? Nadie es libre. Ustedes tienen una filosofía algo confusa.

—El confundido eres tú. No te das cuenta que vives en un estado capitalista. Matan a gente inocente discriminadamente, hacen guerras sin ningún motivo aparente y se roban el dinero de otras personas que lo consiguieron con esfuerzo. Dime tú, ¿eso es vivir “bien”?

—¿De qué hablas? Si ustedes no son unas palomitas puras y limpias que digamos. Les recuerdo el caso de la familia Manson.

—Sabía que me darías el golpe por ahí. Eso no fue culpa nuestra.

—¿Entonces de quién? ¿De esas personas inocentes que murieron sanguinariamente por una ocurrencia suya? ¡No mames! Yo que soy un ignorante, sé muchas más cosas que tú.

Estela se desesperó. Prefirió dejar la conversación así. Buscó a su perro, pero no lo halló por ninguna parte.

—¡*Chinchin, Chinchin, Chinchin!* ¿Dónde estás, precioso? ¡Ven, ven, ven! Oye, ¿no has visto a dónde se metió *Chinchin*?

—A mí me vale madres tu maldito perro. Agradezco que se haya callado.

—¡Eres un bruto! Estaba aquí cuando comenzamos a discutir.

—Se me hace que se fue a unas de las habitaciones.

—¿Puedo pasar a ver?

—Ya qué. Adelante.

—Gracias.

Estela caminó hacia la primera habitación. Allí no estaba, había sólo unas cuantas cajas de cartón y unas revistas de *Playboy* desperdigadas por el suelo. Sin contar con los maniqués que estaban tirados. A unos les faltaban manos, brazos, piernas, pies y hasta la cabeza. En la siguiente habitación, estuvo cerrada con llave. La tercera, era el dormitorio de Richard. Cuando entró, todo estaba desordenado. Las sábanas cagadas, las almohadas orinadas, la ropa hecha jirones... pero *Chinchin* no se veía por ningún lado.

Antes de avanzar, Estela pisó algo verdoso. Se preguntó qué sería. Cuando la olió, de inmediato la reconoció, era su “hierba medicinal”. Buscó por todo el dormitorio. Tiró almohadas, sábanas, ropa, objetos personales y arrojó los cajones por los aires (afortunadamente no salieron disparados por la ventana). Sólo le falta buscar debajo de la cama. Se agachó y se asomó. Por suerte, estaba *Chinchin* tirado bocarriba. Hacía unos sonidos extraños. No eran ladridos normales. Era algo así como si tuviera hipo. Mostraba una sonrisa de perro idiota. Movía la cola de un lado a

otro. Su barriga estaba hinchadísima. «¿Qué habrá comido este perro?», se preguntó Estela. Examinó ambos lados de la cama. Metió la mano y sacó un dedo gordo de silicón.

—¿Un dedo gordo de silicón? ¿De dónde habrá salido?

Encontró un pie de silicón que estaba a un lado de *Chinchin*. Estaba mordisqueado y algo babeado.

—De seguro que esto le pertenece a Richard. ¡Ay, con este hombre! Jamás cambiará.

Tomó un pedazo de sábana y limpió el pie. Después se lo midió con el suyo.

—¡Madre santa! Es de la misma medida que el mío. Aunque yo no tengo los dedos tan gordos.

Se levantó y lo dejó encima de la cama. Se fue hacia el otro lado. El pie izquierdo estaba destruido por completo. Literalmente, hecho añicos. Nada sobrevivió al ataque voraz de *Chichin*. «Por eso tiene esa enorme panza», pensó Estela, «se comió todo el pie. Lo bueno es que no consumí esa hierba. Con razón me decían que uno se ponía bien salvaje.»

Una corriente de aire entró por la ventana del dormitorio y llegó hasta la sala. Richard estaba excitado con los pies de la actriz porno que le hacían cosquillas con una pluma de ave artificial. Apunto de eyacular, el hedor de la cagada lo interrumpió bruscamente.

—¡Ay, chingados! ¿De dónde viene ese puto olor a mierda?

Tomó el control y pausó la película. Cuando entró al dormitorio, lo vio hecho un desorden. Lo que más le preocupaba eran los pies de silicón, que había comprado en una *sex shop*².

—¿Qué buscas, amor mío?

—Unas cositas que compré en la mañana.

Estela ocultó el pie de silicón debajo de las sábanas.

² Establecimiento donde se venden artículos relacionados con las prácticas sexuales o eróticas.

—¿Qué es, si se puede saber?

—Ya sabes.

—No sé. Pero puedes decírmelo.

—Tanto tiempo estando juntos, y que no sepas mis gustos depravados.

—La mera verdad, son tantos que yo no sabría a cuál te refieras.

—¿Qué querías que te hiciera cuando llegaste al departamento?

—¿Comida?

—¡Qué estúpidas eres! ¡Un masaje de pies!

—¡Ah! Se me había olvidado.

Richard miró a su alrededor. Sabía muy bien de quién se trataba este desorden.

—¿Y *Chinchin*, dónde está?

—Es-tee... Estuvo aquí, como podrás darte cuenta, pero después, se fue.

—Órale —Richard no le creyó.

Se encontró con una bolsita con hierbas.

—¿Esto no es tuyo?

—¡Ah, sí! —se puso nerviosa—. Je, je. Lo estaba buscando.

—¿Qué hace tu bolsita de...? —la olió— ¡Madres! ¿Qué es esto? ¿Es nuevo? ¿De dónde fue importado?

—Ya te dije, los hermanos me lo dieron.

—Con razón se la viajan bien cabrón.

—Dámelo.

—No. Antes, dime una cosa, ¿dónde está tu maldito perro?

—No sé —movió los pies con desesperación—. En alguna parte de la casa. ¿Ya viste en el baño? Es el único lugar que no he visto. Voy para allá...

Unos cuantos pasos dio Estela para que, en un solo movimiento, Richard la agarrara del brazo izquierdo con fuerza. Ella sabía que esto acabaría muy mal.

—Déjate de pendejadas, y dime, ¿dónde está tu maldito perro?

Con lágrimas en los ojos, Estela señaló debajo de la cama.

—Gracias —le dio un beso en los labios.

Richard se agachó. Efectivamente, *Chinchin* estaba acostado bocarriba. Hacía unas sonrisas dementes. Mostraba sus dientes afilados. Tenía una mirada perdida. Era como si se hubiera dado un gran viaje. Antes de levantarse, Richard encontró el pie de silicón destruido. Sintió que algo le habían arrebatado. Por primera vez, tenía ganas de matar a alguien. Miró a Estela con furia endemoniada. Ella lo presentía. Salió corriendo del dormitorio. Llegó a la puerta principal, intentó abrirla, pero sus manos hacían muy torpe su trabajo de escape. Cuando escuchó que la perilla abrió, Richard la agarró del cuello y la arrojó al sillón. Se quitó el cinturón y le ató los tobillos; con un cable suelto, las manos; y con cinta canela le tapó la boca. Debía vengarse de una forma u otra.

—Ahora sí, no escaparás de mí fácilmente.

Richard se fue al cuarto de lavado. En pocos minutos, llegó con un serrucho en mano. Estaba casi nuevo. No se veía que lo haya usado por un largo tiempo.

—Tu chingado perro destruyó lo máspreciado para mí. Entonces, deberé reemplazarlo por otros iguales, ¿no crees?

Estela lloró de miedo. Intentó moverse, pero las fuertes ataduras se lo impedían.

Richard le levantó ambos pies. Estaban a la altura de su cintura. Los observó con detenimiento.

—Casi idénticos. Sólo que tú tienes unos deditos delgados —le quitó las sandalias, acercó el dedo gordo del pie izquierdo de Estela a su boca, lo chupó varias veces; al final, lo saboreó con delicia—. ¡Riquísimo! Siempre he dicho: son mejores los pies naturales que los de silicón.

Alzó el serrucho y lo posicionó en el ángulo correcto para un corte limpio.

—Esto te dolerá un poquito.

Estela tembló temerosa. Suplicaba a Dios que alguien viniera a rescatarla.

—No te muevas tanto, si no derramarás bastante sangre por el suelo.

Antes de dar los primeros serruchazos, Richard dio un fuerte grito de dolor. Era *Chinchin* que le estaba mordiendo el tobillo derecho. Golpeó al perro con el mango del serrucho, cayó cerca de la televisión. Con dificultad, logró ponerse de pie.

—¡Estúpido animal del demonio! De esta no te salvas.

Chinchin no reaccionó.

Estela aprovechó que Richard estaba de espaldas. Con un poco de fuerza, logró empujarlo hacia enfrente. Por desgracia, no logró tirarlo. Giró hacia ella y alzó el serrucho a la altura de la cabeza.

—Vete despidiendo de esta vida, miserable hippie.

En eso, *Chinchin* se lanzó a morderle el pene y una parte de los testículos. Richard tiró el serrucho y empezó a retorcerse del dolor. El perro le encajaba fuertemente los dientes. Se movía de un lado para otro. No se fijó del morral tirado en el suelo. Lo pisó, resbaló y cayó fuera de la ventana. Estela seguía atada. No podía liberarse.

Horas después, la policía había llegado al departamento de Richard. Estela estaba siendo atendida por el cuerpo médico. Estaba algo agotada. Preguntó por su perro chihuahua. Mínimo quería conservar su cadáver. Una de las vecinas le dijo que lo vio escaparse con algo en el hocico. No lo detuvo porque pensó que era un perro asesino.

ES UNA CHINGA CONSEGUIR EMPLEO

Un hombre estaba desempleado desde hacía más de dos años. Buscaba en cada rincón de la Ciudad de México una oportunidad laboral. Si bien no poseía un amplio conocimiento en alguna área de investigación académica o aptitudes en un oficio de menor demanda, sabía muy bien cómo desempeñar un trabajo ambulante. Por largo tiempo fue vendedor de películas porno en Tepito. Después de eso, fue vigilante de medio turno en una tienda departamental de lencería, en Polanco. No duró mucho tiempo debido a su obsesión por los *babydolls* y las tangas con encaje. El gerente del lugar lo había atrapado, al igual que los policías de la plaza, con piezas de ropa interior femenina metidas en su mochila. Para desgracia de este hombre, descubrieron que también se robaba algunos maniqués de los aparadores. El asunto fue llevado a los tribunales; sin embargo, el juez no lo halló tan grave. A partir de entonces, no conseguía ningún empleo.

Caminaba cerca de un puesto de periódicos, se detuvo a comprar una revista *Playboy*. En la portada aparecía la actriz porno Helena Danae, acostada en una cama de pétalos de rosa. Muy similar al póster de aquella película que vio hace ya varios años: *Belleza Americana*. Estuvo hojeando la revista. Se detenía de vez en cuando en alguna foto de una modelo. Comenzaba a sentir que su pene crecía dentro de su pantalón, procuraba que no fuese notorio, dado a la mirada pública. En su mente, imaginaba toda clase de perversiones sexuales. Empezaba a excitarse poco a poco. Antes de que pudiera eyacular, se dio cuenta de que un grupo de personas lo miraba con desagrado. El hombre se sonrojó y huyó rápidamente.

Llegó a un pequeño parque, se sentó en una banca metálica y continuó hojeando su revista. En un apartado encontró la sección de empleos, jamás lo había visto antes. Miró de arriba abajo, todos y cada uno de los anunciantes publicados. Había ofertas diferentes, incluso —podría decirse— nada normales. En una se anunciaba lo siguiente: SE SOLICITA ASISTENTE PERSONAL PARA ACTRIZ PORNO DEPRESIVA. DEBE CONOCER DE MÉTODOS

ANTICONCEPTIVOS Y ANTIDEPRESIVOS. DE PREFERENCIA, LESBIANA. 20 A 35 AÑOS. EJE MIRAMONTES Y CALLE SARGAZOS 258. En seguida, aparecía otra: SE SOLICITA PERSONAL PARA LABORAR EN ACTIVIDADES DE OFICINA. AMBOS SEXOS. SECUNDARIA TERMINADA. 20 A 45 AÑOS. CALLE SACUDIDA Y AV. MARCELO 88. Como si fuera un milagro del cielo, el hombre se alistó para irse a reclamar el empleo. Era su única oportunidad de no morir de hambre o, por lo menos, de no dejar de cubrir sus fantasías sexuales.

A unos cuantos metros de un edificio, estaba una larguísima fila de personas. En su mayoría eran jóvenes de veintitantos años. Se veían más mujeres que hombres. Todos esperaban alguna oportunidad de solicitar dicho empleo. Tiempo atrás, el país había sufrido una crisis económica brutal. La gente ya no tenía trabajo. Era muy difícil salir a las calles con tan poquitísimo dinero. La delincuencia aumentó. El presidente, en sus informes de gobierno, decía con aparente convicción que estaba luchando en contra del narcotráfico. Sin embargo, la realidad era otra.

El hombre no soportaba la idea de esperar muchísimo tiempo. No era alguien que fuera paciente. Entonces, se le ocurrió un brillante y macabro plan. Buscó un altavoz (sabía que podía encontrarlo en aquellos espacios “lúdicos”, donde los niños se retrataban con las botargas). Por suerte, había una abandonada. Era de una persona que anunciaba un paquete de televisión por cable con Internet incluido. El hombre lo tomó, sin el menor decoro, y caminó hacia la fila. Encendió el altavoz y dijo lo siguiente:

—¡Aviso de último momento! Para aquellas personas que quieran reclamar el empleo, antes que nada, deberán prestar atención a lo que se le estará anunciando. ¡Mujeres! Habrá un comité de hombres que les pedirán desnudarse frente a ellos. Cada una modelará para que les den el visto bueno. Si son aceptadas, tendrán que irse a un hotel de cinco estrellas. Deberán tener relaciones

sexuales y, si fuese necesario, someterse a prácticas sadomasoquistas. Si logran pasar todo esto, serán merecedoras del empleo.

En eso, todas las mujeres salieron despavoridas. Una que otra juraba organizar una marcha en contra de esos machos malnacidos.

—¡Hombres! —se dirigió a ellos—, escuchen con atención. Un comité de feministas les hará una entrevista rigurosa. De entrada, supervisarán cada una de sus solicitudes de empleo, y si hallan alguna anomalía en éstas, serán sometidos a un tortuoso examen médico. También habrá un pequeño interrogatorio sobre sus vidas sexuales y personales. Todo será registrado en un sistema de datos, algo así como lo que hace la FBI.

En un santiamén todos desaparecieron.

El hombre caminó alegremente. Entró y subió al cuarto piso. En una pequeña sala había tres sillas de plástico (las mismas que se utilizan para las fiestas de pueblo). Estaban algo sucias y rotas del respaldo. Algunas paredes, agrietadas, y en los vértices superiores, con telarañas. Las moscas revoloteaban alrededor del único foco encendido. No había ninguna ventana, en otras palabras, no circulaba el aire por ahí. Enfrente de las sillas, había una puerta, junta a ésta, una maceta sin plantas ni tierra. La ocupaban como bote de basura. En él, había un condón usado, amarrado.

La puerta se abrió. Una mujer, de unos treinta y tantos años, salía de la oficina. Para sorpresa del hombre, era una negra. Se notaba un ligero acento cubano. Tenía cierto encanto cuando movía las caderas. Eso la hacía más atractiva. No era nada fea, al contrario, era una verdadera belleza caribeña. Con un disimulado gesto, le indicó que pasara a la oficina. El hombre se levantó y se dirigió hacia allá. Antes de que cerrara la puerta, echó un último vistazo al redondeado culo de la cubana. Jamás lo olvidaría.

Ya dentro en la oficina, el hombre se encontraba cara a cara con el entrevistador. Tomó asiento y calló por unos breves minutos. No quitaba la vista de él. Sólo veía cómo llenaba varios

formularios. Era eficiente en su trabajo. A un lado de ellos había una ventana abierta, apenas si llegaba un poco aire fresco. Por momentos entraba algo de ruido ensordecedor. Eran las cuatro de la tarde, la hora idónea para el escándalo urbano. A lo lejos, se podía percibir varios puestos ambulantes. Todos cerca del metro. Alguien se le ocurrió subir el volumen de las bocinas. Sonaba con claridad una de las canciones de Panteón Rococó: *La carencia*.

El entrevistador levantó la mirada, bebió un poco de agua y arrojó las primeras preguntas hacia el hombre. Cabe destacar que ambos mantenían cierta distancia. No de odio ni mucho menos de repugnancia. Más bien de jerarquización laboral.

—¿Su nombre? —dijo en un tono áspero.

—Felipe Placeres.

—Señor, Felipe Placeres, ¿ha trabajado en alguna oficina?

—Sí.

—¿Qué trabajo ha desempeñado?

—De escritor.

—¿Usted es escritor? —lo miró dubitativamente—. Pues... no tiene facha de serlo.

—Es que no vengo trajeado como el resto de mis colegas.

—*Okay*. ¿Qué escribe?

—Novelas.

—¿Cuál fue su primera novela?

—La de un joven que se enamora de su tía política. Me plagiaron aquella novela.

—¿Quién, si se puede saber? —lo dijo con cierta curiosidad.

—Otro escritor. Ganó el Premio Nobel de Literatura hace algunos años.

—Lo siento. ¿En qué otro trabajo ha estado?

—Bueno, he sido vendedor ambulante.

—¿Qué vendía?

—Películas porno.

—¿Y era buen negocio?

—No tanto. La gente ya las busca por Internet. En mis tiempos uno iba a los videoclubes y las rentaban. Salían algo caras y de mala calidad. En fin, así pasan las cosas.

—Aparte de vendedor de películas porno, ¿cuál otro?

—Vigilante de tienda departamental.

—¿Veinticuatro horas?

—Medio turno por la tarde.

—¿Cuánto le pagaban?

—Mil ochocientos pesos semanales.

—¡Dios mío! No le iba tan mal. ¿Por qué renunció?

—No renuncié. Me despidieron.

—¿Por qué lo despidieron?

—Por robarme ropa interior de mujer —se acordó de algo más—. Ah, y también de unos maniqués.

—¿Y qué hacía con todo eso?

—La ropa interior de mujer me la ponía yo.

—¡¿Usted se ponía la ropa interior de mujer?! ¡¿Para qué?! —dijo sorprendido ante aquella confesión.

—La mera verdad, es muy cómoda. Las medias de nylon son una maravilla. Debería probárselas usted algún día.

—No, gracias. Estoy muy bien con lo que me pongo a diario —ordenó su mente—. Volvamos a la entrevista, ¿le parece?

—Adelante. ¿No quiere que le diga, qué hacía con los maniqués?

—No. Déjelo así. Entre menos detalles, mejor —se acomodó los lentes y continuó con la entrevista—. ¿Tiene alguna experiencia en computación?

—Algo.

—¿Qué programa domina, usted?

—Básicamente, *Word*.

Palomeó algunas casillas del formulario.

—¿Pasatiempo?

—Ver pornografía y mirar la revista *Playboy*.

—¿Actividades físicas?

—La masturbación. La practico dos veces al día: una por la mañana, y otra, por la noche. Me hace sentir muy bien. La soledad es una terrible compañera de vida.

—¿Postura política?

—Apartidista.

—¿Estado civil?

—Divorciado.

—¿Por qué se divorció?

—Porque mi esposa estaba bastante loca. Además, mi hija me acusó de haberla violado.

—¿Usted le hizo eso a su hija? —le preguntó alarmado.

—No.

—¿Cómo estuvo eso?

—Verá, salí de viaje a Quintana Roo. Tenía que ir a un evento literario. Me iban a dar un reconocimiento por mi libro de cuentos *Chupadas y otras mamadas*. Cuando regresé a mi casa, mi esposa estaba con el cuchillo en la mano. Estuvo a punto de clavármelo en el corazón, pero...

—Pero ¿qué?

—Por suerte, la desvié.

—Espérese un momentito —sacó la cabeza por la ventana, respiró un poco de aire y volvió a sentarse—. No me queda claro esto. Usted dice que fue a un evento literario en Quintana Roo, ¿cierto?

—Así es.

—Cuando regresó a su casa, su esposa lo amenazó con un cuchillo; según esto porque había violado a su hija. Dígame, ¿si me faltó algo?

—No. Lo resumió bastante bien.

—Entonces, ¿quién violó a su hija?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?! ¿Acaso no hicieron un proceso penal al respecto?

—Sí, se hizo todo como lo indica la ley.

—¿No sometieron alguna prueba de laboratorio a su hija?

—Lo hicieron.

—¿Y?

—No era mi semen.

—Entonces, ¿de quién?

—No lo sabemos.

—¿Cómo que no supieron?

—Las pruebas arrojaron “Desconocido”. Incluso lo fueron a checar en el sistema de datos del ISSSTE, IMSS y Seguro Popular. Y nada.

—Usted, ¿de quién sospecha?

—No sé. Posiblemente sospeche hasta del perro. Nunca me enteré, si mi hija, tenía algún novio escondido.

—¿Y qué dice de su esposa? ¿Algún secretito por ahí escondido?

—Sí. Me enteré que me engañaba con mi hermano.

—¿Y su hermano, a qué se dedica?

—Motivador profesional.

—¿No son aquéllos que publican libros de Superación Personal y dan conferencias?

—Así es. Aunque mi hermano es otro tipo de motivador profesional.

—¿Qué tipo de motivador es?

—El motiva a los hombres a no tenerle miedo a su primero encuentro sexual con una mujer.

—¿A poco existen? —dijo sorprendido—. Luego me pasa el número telefónico de su hermano.

—Claro, cuando terminemos con la entrevista.

El entrevistador se había olvidado por completo de su trabajo.

—¡Madre santa! Lo bueno que me acordó. Estaba tan entretenido con su vida personal.

—No se preocupe. Suele pasarme.

—Bueno, sigamos. ¿Algún fetiche que tenga?

—Inflamarles el vientre a las mujeres.

—¿Jóvenes o adultas?

—Jóvenes.

—¿De qué edad?

—Entre los veintiuno y treinta años.

—¿Algún vicio que tenga, usted?

—Embriagarme con jugo de uva.

—¿Jugo de uva? Si eso no embriaga a nadie.

—¡Ah, no! Entonces, beba unas doce botellas de jugo de uva, y en la séptima, comenzará a ver elefantes rosas.

—No lo discuto. ¿Dónde vive?

—En la delegación Miztontli.

—¿Colonia?

—San Tadeo Apóstol.

—¿Cuántos hijos?

—Uno.

—¿Hombre o mujer?

—Ya se lo dije a usted.

—Cierto. Qué distraído soy. Discúlpeme. ¿Con quién vive?

—Con mi abuelita.

—¿Y qué hace su abuelita?

—Cosas de abuelitas.

—La última pregunta y con esto terminamos la entrevista. ¿Alguna meta que tenga en la vida?

—Por el momento, ninguna. Bueno, sí.

—¿Cuál?

—Terminar esta entrevista cuanto antes. Debo hacer otras cosas.

El entrevistador hizo las últimas anotaciones, se quedó por un momento reflexionando. Estaba pensando si contrataba a Felipe Placeres o le daba el lugar a la mujer cubana que acababa de estar hace rato con él.

Antes que pudiera comunicarle su decisión, Felipe sacó un billete de cien pesos y se lo puso delante de él.

—¿Qué es esto? —dijo desconcertado.

—Por sus servicios.

—¿Mis servicios? Eso es parte de mis funciones como empleado de Recursos Humanos.

—Me vale madres todo esto. Yo me voy.

—¿A dónde?

—Pues a mi casa, con mi abuelita. No quiero perderme la telenovela de la tarde.

El entrevistador se levantó enfurecido.

—No puede irse nomás así. Debe esperar a que le diga mi decisión con respecto a su contratación.

—Ya se lo dije: ¡Me vale madres! ¿Quiere que se lo repita otra vez, o le doy un putazo en esa cara de pendejo que tiene?

Sin decir nada y estando tranquilo, tomó los cien pesos y los guardó en su billetera de la América.

—Si me permite, me tengo que ir. —Antes de salir de la oficina, le dijo algo más—: Por cierto, procure echar su condón usado al inodoro. Es muy desagradable mirarlo en la sala de espera.

Salió de la oficina, luego del edificio y se fue directo hacia el metro.

Ya en casa de su abuelita, se sentó en el sofá y encendió la televisión. La telenovela ya había comenzado. En ella, Victoria Ruffo lloraba por la muerte de su hijo (lo habían matado un grupo de pandilleros). Era jugador de fútbol. Aspiraba a convertirse en un ídolo mundial al igual que Maradona. Dejó la revista *Playboy* encima de la mesita de centro. En eso, la abuelita bajó con cuidado las escaleras.

—¿Ya llegaste, hijo?

—Sí, abue.

—¿Cómo te fue hoy?

—Lo mismo de siempre: no conseguí empleo.

—No te preocupes, hijo. Verás que Dios te abrirá los caminos.

—Eso espero, abue. La economía no va muy bien que digamos.

—No te apures, hijo. Con mi pensión del Adulto Mayor estaremos muy bien por un largo tiempo.

De pronto, la abuelita cayó al suelo y comenzó a sacudirse violentamente. Por último, dejó de respirar. Quedó con la boca abierta.

—¡Abue, abue, abue! ¡Pinche viejecita! Te me acabas de morir. Y ahora, me quitarán tu pensión. ¡No la friegues! Esta vez tendré que conseguir, de verdad, un empleo. Prometo, abue, dónde quieras que estés, ya no volver a contar mentiras en las entrevistas de trabajo. ¡Chale! ¿Por qué te la llevaste tan pronto, Diosito?

¿CON QUIÉN SE FUE ADELITA?

Corría el verano de 1915: las tropas de general Francisco Villa estaban sedientas y acaloradas. En Juárez, los rayos del sol ardían tremendamente. Sin embargo, los niños jugaban como si nada. Parecía no afectarles el clima infernal.

Los villistas intentaban buscar refugio debajo de las sombras. Ya sea detrás en un muro viejo, de una nopalera o, si tenían la bendita suerte, dentro de una casa de campaña. Y se dice con “suerte” porque, por lo común, eran ocupadas por las soldaderas o las mujeres que estaban preñadas en ese momento. Había otras que se utilizaban con fines recreativos entre hombres y mujeres. Pero eso, sólo lo sabía su propia gente.

El general Francisco Villa hacía círculos dentro de su casa de campaña. Podría decirse que estaba pensando en un plan para derrotar al ejército del general Álvaro Obregón. Parecía incomodarle algo. Tomó asiento y ordenó que le trajeran a su secretario particular. En un santiamén, un hombrecito vestido de traje negro, chaleco color hueso, camisa blanca, lentes redondos y sombrero bombín, apareció delante de él.

—A sus órdenes, mi general —saludó con solemnidad y se quitó el sombrero como muestra de respeto.

—Luisito, necesito de su ayuda.

—¿En qué puede servirle, mi general?

—Verá, tengo un problema que me inquieta desde hace tiempo.

—Es acerca del combate contra el general Obregón.

—No. Es otra cosa.

—Entonces, ¿debe ser la falta de municiones?

—Tampoco —se levantó de su silla y, con un temperamento fuerte, se acercó a su secretario—. Escúcheme, no es nada de eso. Es algo... como decirle... íntimo. —Esta última palabra lo susurró al oído de su secretario.

—¡Íntimo!, dijo usted, mi general.

—¡Cállate, món digro! —lo golpeó en la cabeza—. Nadie debe escucharnos.

—Claro, mi general. Pero dígame, ¿cuál es problema que tiene usted, entonces?

Villa dio unos cuantos pasos hacia atrás. Tomó un jarrito con agua, que estaba encima de la mesa de madera. Lo bebió y lo dejó donde estaba.

—Creo que Adelita me está engañando con otro hombre.

Aliviado, se volvió a sentar.

—Mi general, ¿cómo cree usted eso? Adelita es una buena mujer. Jamás lo engañaría con otro.

—¿Tú crees eso, Luisito?

—¡Caray, mi general! Daría mi vida por usted, si no fuera cierto lo que le estoy diciendo.

—Me convencen sus palabras, Luisito.

—Me extraña de usted, mi general, que piense de esa manera.

—Bueno..., es que..., van varias noches que Adelita no quiere hacerlo conmigo.

—¡Mi general, qué cosas me está diciendo!

—¡Cállate! ¿Qué te dije de gritarlo a los cuatro vientos?

—Discúlpeme, mi general. Pero ¿a poco no ha hecho el amor con Adelita por varias noches?
¿No que usted era irresistible?

—Lo sigo siendo, creo. Ninguna mujer me había rechazado en la cama.

—Sólo Adelita —lo dijo en un tono burlón, ante la desdicha de su general.

—Luisito, con toda la confianza que le tengo, ¿usted cómo complace a su mujer en la cama?

Se puso tan nervioso, que apenas pudo hablar. Le brotaron unas gotas de sudor en la frente.

—¡Hable, Luisito! Sólo le hice una simple pregunta —se levantó de su silla.

—Mi general, qué preguntas me hace. Verá mi, mi, mi...

En eso entró Adelita en la casa de campaña. Llevaba encima una cartuchera, un rifle, un rebozo gris y un sombrero de paja de ala ancha. Estaba algo acalorada. Se acercó hacia la mesa y tomó un jarrito con agua. Se quitó el sombrero y lo arrojó sobre una caja de madera con tiliches. Se paró frente a Luisito y Francisco Villa.

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué está sudando, Luisito? —agarró la punta de su rebozo gris y le secó las gotas de sudor que escurrían en su rostro.

—Adelita —dijo con voz temblorosa—; no, no, no, no es nada. Sólo es el calor que no lo soporto.

—¿Por qué no se quita ese trajecito apretado? Parece que lo sofoca mucho.

—Yo creo. Debería irme a mi casa de campaña para quitármelo.

—Je, je, je, je —le dio una palmada en la espalda—. No sea penoso, Luisito. Puede quitárselo aquí mismo. O ¿tiene miedo de que le vaya a hacer algo malo?

Luisito se puso aún más nervioso que antes. Sólo mostró una pequeña sonrisa trémula.

—Qué ocurrencias dice, Adelita. Aparte, sería una falta de respeto hacerlo frente a una dama.

Ella estalló en carcajadas.

—Ahora sí que se voló la barda, Luisito. Aquí no estás con esas fulanitas delicadas. Pancho se ha quitado los pantalones, varias veces, delante de mí; y mira que es mucho soportar ver esa cosita colgándole.

—Adelita, esas cosas no se dicen —reclamó molesto.

—¿Cómo qué no? Si tú me presumes tus innumerables aventuras con otras mujeres, ¿por qué yo no te expondría frente a tu secretario, acerca de tu cosita esa?

—Este... mejor me retiro, mi general. Me llama si necesita algo.

—De acuerdo, Luisito. Puede retirarse.

—Gracias, mi general. Con su permiso —se marchó de inmediato.

Francisco Villa se fue a su camastro a recostarse un rato. Adelita se sentó en una silla de madera.

—Se nota que nunca ha estado con una mujer.

—¿Quién?

—Tu secretario. ¿No te diste cuenta?

—No.

—¡Ay, Pancho! Nunca pones atención.

—Bueno, dejemos al pobre de Luisito. Ahora dime, ¿dónde has estado metida?

—Con el resto de las mujeres.

—¿Haciendo?

—Atendiendo a los heridos.

—¿A quiénes en particular?

—A los nuestros. ¿Qué te pasa, Pancho?

—A mí, nada. ¿Y a ti?

—Tampoco.

—No mientas. ¿Con quién te has metido?

—¡Pancho! ¿Qué dices?

—Respóndeme, mujer, ¿con quién te has metido? ¿No será con ese tal Bocanegra? Se ve que te trae ganas.

—Pancho, no pienses eso. Te quiero a ti, y a nadie más.

—Entonces, ¿por qué no quieres coger conmigo?

—Porque *ya no siento ganas de hacerlo contigo*.

—¿Cómo?! ¿Repítemelo?

—*Ya no siento ganas de hacerlo contigo*.

—Desgraciada —se levantó de su camastro de un solo salto. Tenía la mirada llena de ira. Su rostro se puso más rojo que nunca—. De esta no te escapas.

—¡Alto, Pancho! No te atrevas a golpearme. Si lo haces, de plano te dejo.

Inesperadamente, cambió de humor.

—¡Adelita, no lo hagas! —se arrodilló frente a ella. Besó sus pies y le suplicó—. Por favor, no te vayas. Seré un hombre más cariñoso y respetuoso. Pero, por lo que más quieras, no te vayas de mi lado.

—¡Dios Santo! Haces más pucheros que un niño de cinco años. Bueno, no me iré. Anda, levántate.

Estuvo más tranquilo. Adelita lo abrazó y le dio un beso en los labios. Se fueron juntos hacia al camastro. Tenían intención de hacer el amor con él, cuando en eso entró Luisito a la casa de campaña.

—Mi general... —vio que Adelita le desabrochaba los botones de la camisa.

—¡Luisito! ¿Qué le he dicho de entrar sin dar aviso primero?

—Lo siento, mi general. Pero hay un problema con la tropa.

—Díganos, Luisito, ¿cuál es el problema? —preguntó Adelita.

—Los muchachos están sedientos y no soportan el calor.

—¡Rayos! —Villa se abrochó la camisa otra vez—. Lo que nos faltaba, este maldito calor insoportable.

—Sí, mi general. Necesitamos buscar algo que refresque a la tropa, si no... para qué le cuento.

—Tiene razón, Luisito. A ver ¿qué podemos hacer? —pensó detenidamente Villa.

—Luisito, ¿no hay un tren que pasa por Santa Rosalía, aquél que viene de México a Chihuahua? —preguntó Adelita con cierta perspicacia.

—Sí, Adelita. Está a unas cuantas millas de aquí. ¿Por qué?

—Es posible que, en ese tren, traigan algo de víveres.

—¡Ah, claro! —entendió por dónde iba Adelita— ¿Piensas que debemos asaltar el tren para abastecer a los muchachos de agua y de otras cosas? No está tan mal la idea.

—¡Ajá! Sin embargo, el jefe de la tropa, soy yo —objetó Villa.

—Pero la de la idea soy yo —replicó desafiante Adelita.

—¿Desde cuándo los patos le tiran a las escopetas?

—Desde que los patos aprendieron a usarlas.

—¡Hombre! No me hagas reír, mujer.

—Pos, sí lo hago. Si le parece, mi general —se burló delante de él.

—¡Mi general! —Luisito intervino—. No es hora de pleitos. Usted, diga, ¿juntamos a los muchachos para el asalto, o no?

—Como Adelita se siente la jefa de la tropa, que sea ella que decida por mí. Yo no me hago cargo de nada. ¡Qué se vaya a la chingada! —Se fue a su camastro, se acostó y les dio la espalda.

—Usted, diga, Adelita. ¿Qué hacemos?

—Ve por Bocanegra y reúne a unos doscientos hombres. Que lleven lo necesario. Ah, y otra cosa, que alisten mi caballo. Salimos en quince minutos, ¿entendido?

—Entendido, Adelita. De inmediato salgo a avisarle a Bocanegra y que alisten su caballo.

Luisito salió de la casa de campaña. Adelita tomó su rebozo gris, su rifle, su cartuchera y su sombrero de paja. Quiso despedirse de Villa, pero éste la ignoró por completo. A ella no pareció afectarle su desprecio. Salió sin más demora.

Cuando el sol estaba a punto de esconderse, Luisito y otros hombres venían cargados con unas enormes sandías. Le dejaron dos para el general. Él quedó sorprendido por lo que estaba viendo.

—¡Caray! ¡Qué grandes están estas sandías! —exclamó sorprendido.

—Sí, mi general. El atraco fue todo un éxito. Si no fuera por Adelita, estaríamos sufriendo de sed todavía —dijo Luisito emocionado.

—Ah, sí. A-de-li-ta. Ahora resulta que hace mejor mi trabajo, ¿o no?

—Algo así. Por cierto, ella me encargó decirle que no estaría más con usted.

—¡¿Qué?! ¿A dónde se fue?

—Cálmese, mi general.

—¡Qué me calme! Dime, ¿dónde está? Si no, te reviento los sesos.

—Se fugó con... Bocanegra.

—¡Bocanegra!

Luisito cayó de espaldas al suelo. Estaba asustado por la reacción de Villa.

—Sí, mi general. Huyeron más allá de la llanura.

—Lo sabía. Me engañaba con ese maldito perro viejo. Por algo sentía aquella incertidumbre en mi corazón.

—Y hay más, mi general —intentó ponerse de pie.

—¡Más! ¡Dímelo de una vez!

—Que no se le ocurriera buscarla por ningún motivo. Y le manda, como regalo de despedida, estas dos sandías.

—¡Maldita vieja! Quiere cubrir su culpabilidad con estas dos sandías.

—Antes que me retire, mi general, me mandó decirle los motivos de su huida.

—A ver, dime, ¿cuáles fueron sus motivos de dejarme por otro hombre?

—Lo dejó porque Bocanegra lo tiene mucho más grande que usted. —Villa estuvo a punto de ahorcarlo—. Eso me dijo Adelita. No me haga nada, mi general.

—En serio, me quiero morir.

Villa destruyó su casa de campaña. Todo era un desastre. Encontró su *Fredericksburg* entre los escombros. Estuvo a punto de dispararse, cuando se acordó que el arma no tenía balas en su interior.

—¡Diantres! Hasta para morirme tengo mala suerte —arrojó su *Fredericksburg* a una nopalera.

—Mi general, relájese. Así son todas las mujeres: primero te quieren; luego, te aman; y después, se olvidan de ti. Ande, mi general, tome su sandía y coma un poco. Dicen que con sandía se curan las penas... o eso creo.

Durante los próximos meses, Francisco Villa cayó en una terrible depresión. Ya no era el mismo hombre aguerrido, valiente y fuerte. Ahora era todo lo contrario. Se dice, según los rumores de la gente, que lo hallaron muerto dentro de su casa de campaña. Había bebido un veneno que compró de contrabando.

Adelita pasó a la historia por haber vencido al ejército de Álvaro Obregón y de Venustiano Carranza. Fue la primera mujer en ser gobernadora del estado de Chihuahua y, tiempo después, diputada en la Ciudad de México. Murió a los ochenta cinco años, en su hacienda en Ciudad Juárez. Su muerte fue provocada por un pedazo de sandía que se le había atorado en la garganta, en el verano de 1990. Descanse en paz.

OPORTUNIDADES INESPERADAS

Miras a través de la ventana: no hay nada que llame tu atención. Tomas un cigarro, lo enciendes y sacas una bocanada de humo. No quisieras pensar en las infinitas deudas que tienes. Cuando saliste de la casa de tus padres, creías firmemente en tus habilidades actorales. Evitabas los chantajes emocionales de tu madre. No ablandaron tu corazón, ya habías tomado una decisión. Suena el teléfono, esperas que no sea algún cobrador. Vacilas por un momento. Te levantas del sillón, te mueves con indolencia y arrastras pesadamente tus pies. Descuelgas el auricular y contestas. Al otro lado, se escucha una voz masculina que te dice unas cuantas palabras. Tu actitud malhumorada se desaparece por completo. Emocionada, cuelgas y corres directo a tu habitación.

Caminas por unas calles desconocidas. No prestas atención a tu alrededor. Los hombres te ven de forma lasciva. No falta quien quiera propasarse contigo. Has lidiado con algunos de ellos. Sabes cómo quitártelos de encima. Encuentras un edificio, observas la fachada, no te da confianza. Sacas de tu bolso de mano un papelito arrugado: «Av. Vicente Ruíz y calle Salamandra. Núm. 856». No estás equivocada, es ahí. Entras y subes las escaleras.

Llegas a un pasillo poco iluminado. Las ventanas están cerradas y los vidrios están empañados de suciedad. Encuentras una banca metálica cromada de tres plazas. Te sientas y esperas pacientemente. Revisas tu celular, ninguna llamada perdida o mensaje de *WhatsApp*. Te recargas en el respaldo. En eso, una puerta se abre de golpe. Ves pasar a un grupo de hombres vestidos de Tarzán. Te cautiva uno de ellos (un moreno alto, calvo, glúteos grandes, brazos musculosos y bigote al puro estilo de Freddie Mercury). Sientes humedecer tu vagina, tu respiración se agita por momentos, gotas de sudor escurren detrás de tu cuello, deslizándose por el arco de tu espalda, tus pezones apuntan con firmeza, esperas que no se te reviente el brasier. Intentas tranquilizarte. Sacas del bolso de mano una caja de chicles, tomas uno, lo masticas, regulas tu respiración y, con un clínex, te secas el cuello y la espalda.

Un anciano de mediana estatura, delgado, medio encorvado y con poco cabello en la coronilla, te dice que pases a su oficina. Asientes con la cabeza. Escupes el chicle, no te importa por dónde caiga. Entrás con cierta coquetería. Te sientas y acomodas tus piernas de tal manera que sean visibles para tu próxima conquista. Él cierra la puerta, abre la ventana y te escruta de arriba abajo. En seguida, te hace unas preguntas que posiblemente tú conozcas muy bien.

—¿Su nombre, señorita?

—Beatriz Zamora.

—Muy bien, Beatriz. ¿Sabe para qué la hicimos venir?

—Me dijeron que tenían algo interesante para mí. Me dieron esta dirección —muestras el papelito arrugado con la dirección anotada.

—Tal parece que nuestro enlace no le comunicó mucho, ¿verdad?

—Sólo me dijo que me necesitaban para un *casting*. Y que yo daba el perfil que estaban buscando.

—Exacto. Tengo entendido que usted es actriz.

—Más o menos. Tengo algo de experiencia actoral. Estuve en una obra de teatro.

—¿En cuál, si se puede saber?

—*La hermana secreta de Angélica María*³.

—¿Qué papel desempeñó, Beatriz?

—Uno pequeño. Fui mesera de un bar —lo dices algo avergonzado.

—Entonces, ¿fue una extra?

Te quedas callada. No tienes con qué justificar tu carrera actoral; bien sabes que no has tenido un buen papel. Durante tu estancia en la Ciudad de México, no has logrado ningún éxito relevante.

³ Novela escrita por Luis Zapata.

Antes, ibas de *casting* en *casting* y ni siquiera pudiste quedarte con un solo comercial. Entre tus amigas, se corrió la noticia de tus constantes fracasos. Se burlaron de ti, te creían una incompetente. Tú lloraste por eso. Sabías, muy dentro de ti, que debías —tarde o temprano— regresar a la casa de tus padres. Reconocer tu error y continuar bajo sus tiránicas y moralinas reglas. Reaccionas bruscamente. Procuras volver a tener el control de tus pensamientos y respondes al anciano:

—Sí, fui una extra —lo aceptas, ya no te queda de otra.

—*Okay*. Me he dado cuenta que usted no tiene nada de experiencia laboral, ni mucho menos actoral. ¿Cómo se mantiene económicamente?

Te sonrojas aún más. Quieres disimular, hacerte la distraída. Pero esta vez no puedes evadir esa pregunta. Sabes muy bien a lo que te dedicas. Mueves tus pies con cierta ansiedad, miras a varios puntos de la habitación, no encuentras dónde clavar tu mirada. Sientes esa presión de responder inmediatamente. Batallas dentro de tu mente: «¿Qué pensará de mí? Claro, me negará el trabajo si digo que soy una prostituta. Más vale decirlo y ya. ¡No! Qué tontería. Concéntrate Beatriz, no pienses más en penes grandes. ¡Beatriz, contesta de una vez, pendeja! ¡Hazlo ya!».

—¿Le ocurre algo, Beatriz?

—Es-te..., es-te..., es-te..., no es nada —sacas un clínex para limpiarte las gotas de sudor de la frente y de las axilas—. Sólo que tengo algo de calor.

—Entonces, dígame, ¿a qué se dedica?

—Soy prostituta.

—¿Prostituta? Ya veo.

El anciano calla por un breve momento, incluso gira su silla hacia la ventana, dándote la espalda. Mientras tú, te repones. Aprovechas para tomar una postura más cómoda. Relajas tus piernas, tu cuello y tu espalda. Respiras profundamente (unas diez veces para regular tu ritmo cardiaco). Lo bueno que traes *shorts*. Parece que el anciano está girando de nuevo. Vuelves a tomar

la postura de antes. Ya no estás tan agitada. Te mentalizas que todo saldrá bien. Él se levanta y camina directo a un archivero. Saca unas carpetas grandes y un sobre amarillo. Te los deja caer frente a ti, se queda parado. Sientes como su mano arrugada recorre tu hombro derecho con delicadeza. En eso, reconoces el tacto sutil que tiene hacía las jóvenes como tú.

—¿Qué es esto?

—Beatriz —el anciano camina hacia su silla giratoria—, sabemos muy bien quién es usted. No se espante —toma una de las carpetas y la abre, mostrándote su contenido—. Tenemos el registro de todas y cada una de ustedes. Como verá, hay compañeras tuyas que están trabajando para nosotros. Otras, son actrices novatas que no han despegado en sus carreras. Nuestro estudio, más que nada, se dedica al entretenimiento... “placentero”.

—¿Placentero? No entiendo.

—Beatriz, ¿ha visto películas porno alguna vez?

—Bueno, he escuchado de ellas. Pero no he visto ninguna.

—Hágase la idea que es muy parecido a lo que usted se dedica. Sólo que con cámaras y gente vigilándola.

—O sea, que haré lo mismo que hago con mis clientes, pero frente a las cámaras

—Así es —te mira de frente, sin mostrarse tan serio—. Estamos al tanto de usted. Sabemos que viene de provincia. Que intenta buscar una oportunidad actoral en la Ciudad de México. Se dedicada a la prostitución porque no tiene dinero y aparte acarrea con muchísimas deudas.

Quedas sorprendida. Cómo un anciano sabe más de tu vida que tú misma. Te avecina una avalancha de dudas, un ligero temblor te recorre por todo el cuerpo. Buscas refugiarte en tu propia persona, sin embargo, no basta para hacerle frente a aquello que está a punto de revelarte.

—La veo algo confundida —se levanta y te trae un vaso de agua. Lo bebes desesperadamente y pides otro—. Creo que le debo una explicación más detallada.

—Por favor, hágalo, porque mi mente está bastante confundida.

—No se asuste, Beatriz. Lo haré con muchísimo gusto —se sienta, se acomoda el cinturón y se recarga en el respaldo de la silla giratoria—. Hace unas cuantas semanas, un empleado de nuestro estudio fue a una casa de citas que está ubicada entre la calle Dr. Pérez Gallo y la Av. Zitácuaro, en la colonia Asunción Misericordiosa. Allí solicitó una habitación. Subió y estuvo con usted por una noche. ¿Se acuerda de él?

—Para serle franca, no me acuerdo de ninguno de mis clientes. Es posible que, en las fechas, sí.

—Bueno, él fue por allí del quince de agosto. Vestía de traje gris y corbata azul rey, ¿lo ubica?

—Lo siento, pero casi la mayoría de mis clientes tiene ese mismo aspecto, salvo por el color del traje y la corbata, claro. Ese día, si mal no recuerdo, me llegaron dos personas más o menos vestidas así: un joven y un anciano.

—El joven, ¿vestía de traje color gris?

—Así es —de pronto, te acuerdas de aquel joven. Tenía un aspecto agradable, era delgado pero con algo de musculatura. Tenía la quijada partida, el rostro ovalado y unos lentes con montura negra. Con esto, te será posible recordarlo—. Es más, creo que lo estoy ubicando con mayor claridad.

—Vamos bien. Ese joven, cuando estuvo con usted, salió a pedir sus datos con la dueña del lugar.

—¿Con doña Carmelita?

—Exacto. La dueña le proporcionó sus datos a nuestro empleado. Sin embargo, necesitábamos más información suya. Entonces, fuimos con una de sus compañeras.

—¿Con quién, si se puede saber?

—Con una que se hace llamar “La Sabrosita”.

—Ah, con Joselyn Miranda.

—Sí, con ella. Nos dijo que habían actuado en una obra de teatro juntas.

—Sí, fue la que le mencioné al inicio. ¡Nos costó tanto trabajo que algún teatro de la ciudad nos permitiera presentarla!

—También nos explicó el motivo por el cual la puso como extra. Según sus propias palabras, actúa horrible.

—¡Eso es falso! —respiras hondo, cuentas pausadamente y continuas con la explicación—. Verá, esa maldita perra no me quería dar el papel estelar porque era alta y mis pechos estaban demasiado grandes.

—¿Y qué tiene que ver con su trabajo actoral?

—Mucho. Debía encajar perfectamente con el personaje. Como no daba con el perfil, tuvieron que dárselo a Manuela.

—¿Manuela?

—Un chico transexual que hizo audición en la obra. Ella (o Él) se quedó con el papel principal.

—Comprendo. Perdone, Beatriz, pero nos estamos desviando del tema.

—Cierto. Estaba diciéndome que fueron con Joselyn, y... ¿qué más?

—Pues nos dio la información que necesitábamos. Entonces, buscamos la posibilidad de contactarla. Y mírese aquí, sentada frente a mí.

Ahora te queda todo claro. Ya no dudas de la veracidad de aquel anciano. Por fin, tienes la oportunidad de tu vida. Estarás bien, económicamente. La prostitución será sólo un vil pasatiempo. Lo seguirás ejerciendo, pero ahora en tu departamento. Hablando de ello, deberías hacerle algún arreglito. Está un poco descuidado.

La conversación sigue. No te detengas en llenarte la mente de estúpidas ilusiones.

—Me cae el veinte. Con razón vi a varios hombres, vestidos de Tarzán, pasar por el pasillo —piensas brevemente—. Entonces, ¿son actores porno, todos ellos?

—Así es. Nuestra compañía se encarga de complacer los caprichos más extravagantes de nuestros usuarios. Esos hombres son la sensación en Internet.

—Entiendo. Sus cuerpos lo dicen todo.

—¿Acaso no se excitó con uno de ellos?

—Sí —lo dices con sinceridad.

—¿Con quién?

—El moreno alto, calvo, de brazos musculosos, pompis grandes y su bigote parecido al de Freddie Mercury.

—Ah, no anda tan perdida. Él es Carlos, el mejor actor porno que jamás se ha visto en todo el país. Así como lo ve, le hace la competencia a los gringos y a los suecos.

—También me di cuenta de ello —te imaginas chupándole el pene y succionándole todo el semen que puedas. En eso, recuerdas amargamente que con ninguno de tus clientes lo has hecho.

Todo parece indicar que tú quieres ese trabajo. Por fin serás actriz. Te reconocerán por donde camines. Habrá quienes te vean con desconfianza, malicia y hasta con envidia. Por otro lado, tendrás admiradores por dondequiera. Los hombres (si en un momento te sobraban, esta vez te seguirán sobrando y para un buen rato) harán filas para estar contigo.

Ya tienes hecha tu visión de tu reconfortante vida. Olvidas aquella pena que siempre mostrabas al decir que eras una prostituta. Lo ves de otra forma, es más, te sientes orgullosa de serlo. También dejas a un lado las habladurías de tus vecinas. Sí, las mismas que te señalaban con el dedo para indicar tu condición miserable y pecaminosa. Presientes que todo cambiará para bien.

El anciano se levanta de su escritorio. Sale de su oficina y deja la puerta entreabierta. Detrás de ti, pasan unas mujeres vestidas con trajes de cuero negro. Algunas de ellas tienen un cierto parecido con *Catwoman*. Percibes un olor peculiar, exquisito, digámoslo, afrodisíaco. Lo saboreas, lo retienes y lo contienen hasta reventar en tus cavidades nasales: es una mágica fragancia. Sabes muy bien de dónde provienen aquellas mujeres, son tus compañeras de trabajo. Sí, las mismas putas que visten y calzan (mejor dicho, desvisten y descalzan). No resistes en saludarlas. Al final, ni te atreverás a hacerlo.

De repente, la puerta se cierra. El anciano extiende una hoja tamaño oficio frente a ti. Superficialmente, lees «Contrato de trabajo». No prestas atención a ninguna cláusula. Sacas una pluma de tu bolso de mano y firmas. Ahora eres parte de la industria del cine porno. Él lo toma, lo sella y lo guarda en una carpeta. Sólo queda hablar sobre algunos detalles.

—Listo. ¡Te doy la bienvenida a nuestro estudio! Espero que aproveches esta oportunidad — saca de uno de los cajones del escritorio, una cajetilla de cigarrillos. Te ofrece uno y lo aceptas cortésmente—. ¿Qué tal el cigarrillo?

—Bueno, no me quejo —simulas tu desagrado por la mala calidad de cigarrillo.

—A partir de ahora, su vida cambiará. Ya no más casas de citas, ni favorcitos casuales. Lo hará de manera profesional.

—Así es. Aunque, me queda una duda, ¿qué tipo de cosas haré en esas películas?

—¡De todo! Desde sadomasoquismo, fetichismo, sexo oral, lésbico y otras ocurrencias. Debemos complacer a nuestra audiencia. Ellos piden una cosa, y se las damos. Claro, todo lleva su tiempo.

—¿Y las chicas que pasaron vestidas de cuero negro?

—¿Cuáles?

—Las que acaban de pasar hace un rato, enfrente de su oficina.

—¡Ay, ya! Aquellas chicas estaban en su tiempo libre.

—¿Tiempo libre?

—Cuando terminan sus grabaciones, les damos una o dos horas de descanso. Comprenda que son jornadas muy pesadas y agotadoras. Por eso, instalamos unas habitaciones especiales.

—¿Qué tienen esas habitaciones de “especial”? —apagas tu cigarro con la suela de tu zapato izquierdo.

—Masaje, sala de descanso, sauna y cuartitos oscuros.

—¿Y qué hay en los cuartitos oscuros?

—Todo lo necesario para tener sexo. A su manera y sin ninguna restricción.

—O sea, ¿pueden practicar cualquier cosa que les plazca?

—Exacto. Es una manera de recompensar sus esfuerzos.

—Oh, entiendo.

—Aparte, ellas visten de cuero porque les excita verse así. No sé qué hacían todas juntas. Espero que no hayan estado de revoltosas. Si no, se las verán seriamente con mi hijo.

—¿Su hijo?

—Sí, mi hijo, el dueño. Yo soy su padre y también el fundador de este estudio fílmico. Apenas hace unos tres años que me jubilé. Sólo vengo, de vez en cuando —tira la colilla a través de la ventana abierta—, a checar que todo marche bien.

—Yo pensé que era un empleado más.

—Ja, ja, ja. Tengo la facha, pero no es para tanto. Vine porque la mujer de Recursos Humanos se enfermó de gripe. No había quien la atendiera, entonces mi hijo me dijo que viniera a recibirla y darle el visto bueno.

—Su hijo —comienzas a tener una ligera sospecha de la situación—, ¿no es aquel empleado que mencionó usted?

—Sí, ese mismo. Por cierto, salió bastante satisfecho.

—¡Cielos santo! Ya voy entendiendo todo esto.

—No se sorprenda mucho. Ya sea por casualidad o por destino, usted fue elegida.

—Caray. No, no, no... —tartamudeas un poco—. No me había dado cuenta.

—Cálmese. Ya pasó la prueba y está contratada. Véalo por ese lado.

Las palabras dejan de fluir por tu mente. Estás pasmada, callada. Te pasó lo inesperado. Jamás tuviste esa suerte, ni cuando jugabas al Melate.

Sales, agradecida. Te despidas, besas a aquel adorable anciano en su mejilla derecha. Tus pechos rozan con su cuello. Él se tensa, saborea tu perfume barato e intenta dominar sus impulsos seniles. Caminas al pasillo, ves a todos conversando, como si fuese un día de trabajo cualquiera.

Más tarde, llegas a tu departamento. Te percatas del desorden que tienes (la ropa tirada, los zapatos regados, los trastes sucios y el piso sin barrer). Piensas en escombrar, pero luego lo descartas. Te sientes acalorada. Te vas a la cocina, abres el refrigerador, sacas una botella de cerveza, la destapas y te la terminas de un solo jalón. De repente, decides quitarte la ropa. La dejas botada por ahí. Caminas desnuda hacia el sillón, te sientas frente a la ventana y te encuentras con el mismo paisaje de siempre. Enciendes un cigarro, sacas una bocanada de humo y suspiras profundamente. Allá afuera, el día ha transcurrido con total normalidad.

¡POR FAVOR, LLAME AL DOCTOR!

En un Centro de Salud, mucha gente esperaba impaciente su turno. Cada consulta duraba más de media hora. Cabe destacar que, de los diez consultorios disponibles, sólo cinco estaban en servicio. En la sala de espera había alrededor de treinta cinco pacientes. En su mayoría eran niños, jóvenes y ancianos. Las enfermedades más comunes eran gripe, diarrea, diabetes, hipertensión, varicela y uno que otro con gorronea o sífilis. Como verán, era un lugar insalubre. Ni siquiera el exceso de cloro lo hacía tan acogedor, al contrario, aturdía a cualquiera.

Los trabajadores estaban más que acostumbrados a este tipo de ambiente. Incluso, en sus ratos de ocio, se burlaban de aquellas personas en desgracia. Apostaban —parte de su sueldo quincenal— quién sería el próximo en morir.

Una enfermera llevaba varias carpetas de un lugar a otro. Jamás se detenía para tomar un descanso. Subía y bajaba; corría y caminaba; entraba y salía... En fin, era su rutina diaria.

En la entrada del Centro de Salud, un hombre —de unos treinta cinco años— gritaba desesperadamente. Algunas personas se alarmaron. Creían que era un delincuente a punto de asaltarlos. Caminó directo a los consultorios, golpeó cada una de las puertas. Todos estaban asustados. «O está drogado, o está loco», dijo uno de los pacientes. La misma enfermera se presentó de inmediato hacia la sala de espera. Intentó calmarlo y, por fin, logró apaciguarlo.

—Señorita enfermera. ¡Por favor, ayúdeme!

—Claro, claro, claro. ¿Qué tiene usted?

—Necesito que me atienda un doctor, ¡ya!

—Sí, sí, sí. Lo atenderá. Pero dígame, ¿qué tiene?

Se ruborizó el hombre.

—Me da muchísima pena decirlo.

—No se apene, señor. Todas estas personas tienen alguna enfermedad que necesita ser curada.

—Pero yo no tengo ninguna enfermedad.

—Entonces, ¿a qué vino?

—Para un asunto... algo... privado.

—Señor —la enfermera lo dijo en un tono más serio—, aquí es un Centro de Salud. No es un antro o una casa de citas.

—¡Usted no me entiende! —gritó enfurecido—. Esto es más grave de lo que cualquiera de ellos pueda padecer.

Algunos pacientes comenzaron a chiflarle y mentarle la madre.

—¡Hijo de tu puta madre! ¡Llevamos horas esperando nuestro turno! —protestó uno de ellos.

—¡Sí, pendejo! ¡Estamos desde muy temprano, esperando ser atendidos por un doctor! —lo secundó alguien más.

—¡A tranquilizarse todo el mundo! —la enfermera intentó controlar la situación—. ¡Todos y cada uno pasarán a su debido tiempo!

—¡Enfermera, hágame el bendito favor de llamar a un doctor, de inmediato!

—Lo haré, siempre y cuando me diga ¿qué tiene?

—Es necesario.

—Sí.

—Bueno. Pero vayámonos a un lugar... con menos gente, por favor.

—Está bien. Venga conmigo.

Ambos se dirigieron a la oficina de Trabajo Social. Por fortuna, no había nadie. Entraron y cerraron la puerta.

—Muy bien. Aquí estamos solos. Ahora sí, dígame, ¿qué tiene?

El hombre bajó su pants deportivo hasta las rodillas. La enfermera se dio cuenta del problema.

—Ya veo. Tiene una ardilla mordiéndole el pene.

—Así es. Y me duele muchísimo.

—Voy acercarme un poco. No se mueva.

Observó a la ardilla de cabo a rabo.

—Cuénteme, ¿cómo ocurrió todo esto?

—Salí a correr, como todas las mañanas, al Parque de los Viveros, allá por Coyoacán.

—Ajá. Continúe.

—En la entrada del parque hay un puesto de frutas y aguas frescas. Yo compré una de piña, limón y naranja. Ya sabe, para fortalecer las defensas del cuerpo.

—¿Y luego?

—Hice un poco de calentamiento. Me ajusté bien las agujetas de mis tenis, me puse mis audífonos y escuché mi música favorita. Luego de eso, troté un rato y corrí después.

—Hasta aquí, todo parece normal. ¿Dónde entra la ardilla?

—Allá voy. —La ardilla comenzó a zangolotearse, de un lado a otro. El hombre explotó de coraje por el dolor que le provocaba ésta—. ¡Hija de tu chingada madre! ¡A ver si te meto unos buenos putazos en la maldita cabeza!

La ardilla se detuvo. Parecía que intuía la amenaza del hombre.

—¡Dios santo! —dijo la enfermera desconcertada—. Le está saliendo sangre del pene. Voy por el botequín de Primeros Auxilios.

—¡No! Quédese un momento. No he terminado de contar toda la historia.

—Y su pene, ¿qué? ¿Lo va a dejar así?

—Usted me insistió que le contará todo lo que me ocurrió, ¿o no?

—Bueno, sí. Pero...

—¡Nada! Se queda aquí y me sigue escuchando.

—Como usted diga.

—*Okay*. En qué estaba... ¡Ah, sí! Corría por el parque. Había dado como cinco vueltas. Luego pasé al área de gimnasio. Hice un poco de bicicleta, escalera y algo de barra. Al último, descansé un rato.

—¿Y la ardilla?

—Espérese tantito. No tardo. Como le estaba contando, descansaba un rato. Bebí un poco de mi agua fresca. Me sequé el sudor con un pedazo de servilleta y caminé hacia la salida. En eso, veo una parejita de jóvenes, tomándole fotos a una ardilla negra. La chica parecía fascinada con el animalito. Mientras que el chico, miraba hacia las copas de los árboles. Creo, para distraerse.

—¿Y qué más?

—Se fueron. Y yo seguí mi camino. De repente, el agua hizo de las suyas. Busqué con desesperación algún baño, por desgracia, estaban fuera de servicio. Entonces, tuve que orinar detrás de un árbol. Me bajé mi pants deportivo y... descansé la vejiga.

—¡Al grano!

—¡Vaya, qué carácter tiene usted! No me explico cómo es enfermera.

—Si le contara todo lo que debo soportar. Su problema con la ardilla es, para mí, de menor importancia.

—Tiene razón. Yo no sé nada de su trabajo. Debe de ser un verdadero infierno.

—El pago es una miseria. Ni los años que me llevé estudiando Enfermería. Bueno, no nos desviemos del tema.

—Cierto. Estaba a nada de subirme el pants cuando vi una ardilla negra. Aunque ésta tenía una franja roja en su cola. Era bellísima. Quise atraer su atención. Tomé un pedazo de piña, que quedó al fondo del vaso de unicel, y se la ofrecí.

—Y le hizo caso, como veo.

—La ardilla lo olfateó y corrió hacia mí. Lo malo que, en lugar de comerse la piña, me mordió mi pene.

—¡Ouch! Hasta yo la sentí, y eso que no tengo pene.

—La maldita se aferró tan bien, que no puede quitármela. Pedí ayuda, pero todos me miraban con extrañeza. Nadie quería acercárseme.

—¿Qué no vieron la ardilla en su pene?

—¡No! Incluso algunos niños se burlaron de mi desgracia.

—Pobre de usted. Ahora siento lástima.

—Más tarde, la ardilla se había quedado dormida. Obvio, seguía sujetando mi pene. Me subí mi pants deportivo y caminé con cuidado hacia un consultorio Similares.

—¿Tuvo suerte allí?

—Para nada. Nadie me creía. Les dije que si me bajaba el pants para mostrárselos. De inmediato, llamaron a la policía para llevarme arrestado por exhibicionista. Salí despavorido y llegué hasta aquí.

—Y todo el relajo que armó. Esa parte no la cuente.

—Véanos ahora, encerrados en la oficina de Trabajo Social.

Debajo de los pies del hombre, estaba un gran charco de sangre. La enfermera se dio cuenta e intentó auxiliarlo.

—Deje que vaya por el botequín de Primeros Auxilios.

—No. Mejor búsquese a un doctor.

—No puedo. Están en consulta. Aparte, debe tener ficha para ser atendido.

—¡Hijos de su puta madre! Prefieren que se les muera un paciente antes de desobedecer las normas del Centro de Salud.

—Usted mismo lo dijo: son las normas que debemos cumplir, al pie de la letra. No es cosa mía, sino de Administración.

—¡A la chingada con los de Administración! Salga de aquí y búsquese a un doctor que me pueda atender. Pero ¡ya!

La enfermera salió de la oficina de Trabajo Social. Lo hacía más por profesionalismo que por obedecer una orden directa. Se dirigió a la habitación de Materiales Clínicos y Quirúrgicos. Buscó el botequín de Primeros Auxilios. Lo encontró encima de unas cajas de cartón. Lo tomó y apresuró el paso.

De uno de los consultorios salió el doctor Rogelio Garza acompañado de una mujer embarazada. Cuando vio que la enfermera pasaba rápidamente, la detuvo en seco.

—¡Enfermera! Llévase a esta señora a la farmacia para que le den su medicamento.

—Doctor Rogelio, no puedo por el momento.

—¿Por qué? Es su deber acompañar a los pacientes hasta la farmacia. Acuérdesse de su compromiso como enfermera.

—Lo tengo presente, doctor.

—¿Entonces? ¿A dónde va con tanta prisa?

—A auxiliar a un paciente, doctor.

—Si los pacientes se encuentran en la sala de espera.

—Lo sé, doctor. Pero éste se encuentra en la oficina de Trabajo Social.

—¿Y qué hace allá metido?

—¡Ay, doctor! Cómo le explico esto.

—Con palabras. Y, si es posible, que sean claras.

—Bueno, el paciente tiene una ardilla mordiéndole el pene.

—¿Que tiene qué?

—Eso, una ardilla mordién-dole el pene.

—¡No me esté vacilando, enfermera!

—¡Lo juro, doctor! Si no me cree, usted véalo con sus propios ojos.

—De acuerdo. Iremos para allá.

En eso, la mujer embarazada protestó.

—¿Y yo, qué? ¿No que tenía que llevarme la enfermera a la farmacia?

El doctor Rogelio Garza le contestó con amabilidad:

—Esto es más importante. Mire —apuntó con el dedo índice de la mano derecha hacia un estrecho pasillo—, camine unos pasos hacia allá, luego gire a la derecha, baja los escalones, da vuelta a mano izquierda y, de frente, está la farmacia.

—Es mucho esfuerzo para mí.

—No se queje. Es más, le hará bien al niño.

—¿En qué? —exclamó la mujer embarazada.

—Le entrará un poco de oxígeno. Ande, no sea floja y vaya para allá, ¿de acuerdo?

La mujer embarazada no dijo nada. Caminó con dificultad. Cuidaba cada paso que daba. Cuando giró a la derecha, resbaló con un charco de agua. No se había fijado que estaban trapeando aquel pasillo. El de intendencia llegó a auxiliarla. Su pesado cuerpo no permitió que el empleado pudiera levantarla. Tuvo que dejarla ahí por un buen rato o, más bien, hasta que él terminase con lo suyo.

El doctor Rogelio Garza y la enfermera llegaron a la oficina de Trabajo Social. Su sorpresa fue cuando vieron que el lugar estaba inundado de sangre. La ardilla estaba tirada por el escritorio. El hombre estaba sentado en una silla metálica. Ya no tenía su pene. Se cubría la parte de los genitales con un folder amarillo.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó el doctor Rogelio.

—¿Qué no ve? Me quité aquel pinche animalito de mierda.

—De eso ya nos dimos cuenta —respondió la enfermera—. A lo que se refiere el doctor...

—¿Usted es el doctor?

—Así es. Soy el doctor Rogelio Garza. ¿En qué puedo servirle?

—Creo que en nada. Llega muy tarde.

—Me doy cuenta de ello. ¿Y la ardilla? ¿Dónde está?

—Por ahí, doctor. Ya está muerta.

—¿¿Cómo?! ¿Está muerta la ardilla? —exclamó la enfermera.

—Es lo que acabo de decir, está muerta.

—¿Cómo? ¿Lo mató, usted? —preguntó sorprendido el doctor Rogelio.

—Sí, con esta cosa —les mostró la engrapadora cubierta de sangre.

—Enfermera.

—¿Sí, doctor?

—Páseme la ardilla.

—Muy bien, doctor. Voy por unos guantes desechables.

—No, no, no. Así tómela, descubierta.

—¿Y si tiene alguna infección?

—¿La ardilla?

—No, el pene. Podría pegarme alguna enfermedad de transmisión sexual. No quiero tener sífilis en las manos.

—¡No sea exagerada, enfermera, y tómela de una vez!

—Como usted diga, doctor.

La enfermera tomó varios clínex de una caja rectangular, que estaban a un lado de la computadora. Agarró a la ardilla con todo y pene, y se lo entregó al doctor Rogelio Garza.

—Qué hermosa ardilla. Tiene una franja roja en su cola. Debe ser un *Tamiasciurus Rux Rox*.

—¿Qué dijo, doctor? —preguntó el hombre, sin entender nada— Hábleme en español.

—Dije que es una ardilla negra de cola rojiza. Son muy pocas las que quedan.

—¿Y eso, doctor? —preguntó la enfermera.

—Por la caza desenfrenada.

—¿Es una raza valiosa, doctor?

—Muy valiosa. Los cazadores las buscan por sus pieles y son vendidas en un excesivo precio al mercado negro. Las tiendas de moda como Channel, Donatella, Christian de Dior y otras, las tienen en sus aparadores como guantes de invierno.

—Me imagino.

—Aparte, tienen una peculiaridad este tipo de ardillas.

—¿Cuál es, doctor? —intervino el hombre.

—Que poseen en sus glándulas salivales una sustancia bastante contagiosa.

—¿Contagiosa? No entiendo.

—Se lo explico, estas ardillas transmiten una enfermedad que se llama *Hormones valilantes*.

—¿Hormo... qué?

—*Hormones valilantes*, o sea, su cuerpo sufrirá de cambios físicos y hormonales.

—Sea un poco más claro.

—¡Ash! Lo que el doctor quiere decirle es que ya no será más un hombre. En otras palabras, usted será una mujer.

—¿Qué?! —estalló de ira el hombre.

—Tranquilícese, señor.

—¿Cómo quiere que me tranquilice, si usted me acaba de decir que ya no seré más un hombre!

—¡Ay!, como si eso fuese el fin del mundo. Entre menos violadores depravados, mejor.

—¡Enfermera! —le reprendió— Evítese de hacer aquellos comentarios, por favor.

—Lo siento, doctor. Me dejé llevar.

—¿Qué voy a hacer, ahora?

—De entrada, la enfermera le debe atender aquella abertura. Desinfectarla con agua oxigenada, aplicarle anestesia local, coserla y cubrirla con un parche quirúrgico. Después, procederá usted a subirse su pants deportivo. Irá a su casa y, en menos de dos semanas, cicatrizará. El tejido muscular se regenerará. Sentirá dolor, de vez en cuando. Para eso, comprará unas toallitas sanitarias y se las colocará debajo de su ropa interior, aparte le recetaré unos analgésicos que tomará cada ocho horas por una semana.

—¿Y eso es todo?

—No. Tendrá... —hizo cálculos mentales— su primera menstruación en un mes. Lleve en orden sus días. No querrá sufrir un desarreglo menstrual, ¿o sí?

—Ya qué. Me tendré que adaptar a esta nueva vida.

—Así es, señor —dijo la enfermera—. Las primeras semanas son difíciles. Después, una le agarra el modo. Usted no se preocupe. Verá que ser mujer es algo maravilloso.

—No lo creeré hasta vivirlo en carne propia.

—No se agüite hombre... ¡ups!, disculpe, mujer —dijo avergonzado el doctor Rogelio.

—Ya me imagino todo el trámite burocrático: el INE, el pasaporte, la cartilla militar, mi certificado de estudios, mi cédula profesional, mi membresía de la tienda porno y mi tarjeta de cliente frecuente del cine. En realidad, *todo cambia, todo*.

El doctor Rogelio Garza ordenó a la enfermera que trajera al de Intendencia para limpiar la oficina de Trabajo Social; a su vez, también debía llevarse a la ardilla al cuarto de Taxidermia, para

que lo disecaran y ponerla como adorno en la sala de pediatría. Por supuesto, el pene se quedaría como muestra de laboratorio.

Mientras tanto, el hombre esperaba a ser atendido por la enfermera.

Después de unas horas, en cuanto salió del Centro de Salud, el hombre se sintió como una ardilla negra con ganas de morder un pene gigantesco.

UNA AGRADABLE COMPAÑÍA

En una cafetería de la colonia Bucaneros, un joven de sudadera gris con estampado militar, pantalones deportivos holgados y tenis *Jordan* algo desgatados, leía atentamente un libro de bolsillo; acompañado de una taza de café capuchino y un cuernito relleno de chocolate. Solía estar allí durante una hora, o tal vez hasta más tiempo. Dependiendo de su estado de humor. Siempre estaba sentado en la misma mesa, alejado del resto de los comensales, así evitaba ser molestado. Los empleados lo consideraban un chico solitario. Cuando se acercaban a él y le tomaban la orden, se limitaba a hablar lo necesario, sin apartar la vista del libro. Lo mismo ocurría cuando le llevaban la orden o iban a cobrarle. Aunque nunca se mostraba hostil, jamás miraba de frente a los demás. En fin, ese chico vivía inmerso en su propio mundo.

Una mujer —de labios finos, ojos grandes y almendrados, cabello liso, medio largo y teñido de negro azulado— entró a la cafetería. Vestía una blusa blanca de manga larga; una falda carmesí estilo acordeón; botas de vestir negras, marca *Paris Hilton*; y un bolso de mano color marfil. Barrió las mesas con una mirada rápida, buscando la más adecuada. Atisbó la mesa del chico, se acercó, carraspeó, pero no recibió respuesta alguna. Sin tomarle importancia, se sentó y miró la cubierta del libro: *Al sur de la frontera, al oeste del sol*, Haruki Murakami.

El chico estaba absorto en la lectura. Ni siquiera se percató de la presencia de la mujer, sentada en su mesa. De repente, sintió un pequeño golpe en la espinilla de la pierna derecha. Bajó el libro y se topó con una amigable sonrisa.

—Vaya, hasta que por fin dejaste ese libro. Parece muy interesante. ¿De qué trata?

El chico se quedó mudo. Sus ojos se dilataron más de la cuenta, su corazón bombeaba precipitadamente, le sudaba las manos, su boca sentía una ligera sequedad y su respiración se incrementaba a cada segundo. Intentaba controlarse. Era la primera vez que alguien, sobre todo una mujer, se acercaba hacia él y le hablaba con total naturalidad.

—¿Y bien? ¿De qué trata el libro? —insistió la mujer.

Se ruborizó de pronto, agachó la cabeza y desvió la mirada hacia el suelo.

—¿No quieres platicar conmigo, eh? —se puso de pie—. Lamento haberte molestado. Como te vi tan solo, pensé que necesitabas algo de compañía. Pero tal parece que te he incomodado. Mejor me voy a otra mesa. Tú continúa leyendo. Nos vemos.

Se despidió del chico y caminó hacia otra mesa. Antes que pudiera sentarse, la sujetó firmemente del brazo izquierdo.

—Veo que cambiaste de opinión.

Asintió con la cabeza, sin voltear a verla.

—Bien. Iré a tu mesa hacerte compañía. Eso sí, intenta hablar un poco, porque si no, me aburriré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —musitó.

—Así me gusta —lo tomó de la mano y caminaron de vuelta a la mesa.

La mujer pidió el menú. Una mesera se acercó, se lo entregó y ordenó un café con leche y *sándwich* de pavo.

—¿Y tú, no ordenarás algo? —se dirigió al chico.

—No —mantuvo la mirada fija en el libro—, ya ordené lo mío —señaló con el dedo índice de la mano derecha una taza de café y, a un lado, un plato vacío con migajas de pan.

—Pero ¿no se te antoja otra cosa?

—No —dijo tajantemente.

—Bien. Sería todo.

—Muy bien. En un momento se lo traigo.

La mesera se llevó el menú y se retiró.

Mientras tanto, la mujer quiso conversar con él para matar el tiempo.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Orlando —respondió sin despegarse un solo instante del libro.

—Qué bonito nombre.

—Gracias. Mi madre me lo puso en honor de mi abuelo que se llamaba Orlando Hipólito Fajardo Montaña.

—Orlando, Orlando, Orlando...

—¿Por qué repites tanto mi nombre?

—Me acordé que tuve un novio que se llamaba así. Se parecía mucho a Jared Leto.

—¿Jared Leto?

—Sí, a Jared Leto. ¿Lo ubicas?

—No.

—No importa. Oye, ¿por qué está tan vacío esta cafetería?

—Quién sabe. A esta hora nadie viene.

—¿Y eso?

No respondió. Cerró el libro y lo dejó encima de la mesa. Estiró la espalda y los brazos, luego dio un pequeño bostezo.

La mujer lo miraba con agrado. Tomó su bolso de mano, sacó una cajetilla de cigarros y un encendedor. Le ofreció uno a Orlando, pero lo rechazó.

—¿Puedes encendérmelo?

Le entregó el encendedor, le prendió el cigarro, dio unas cuantas caladas y expulsó el humo hacia frente. Orlando tosió de repente.

—Lo siento. Debía de haberlo arrojado hacia otro lado.

—No te preocupes. Tú sigue fumando tranquilamente. ¡Cof, cof, cof!

—Gracias Orlando. Qué considerado eres.

La mesera llegó con la orden. Antes de irse, le pidió a la mujer que apagara el cigarro. Ella asintió con la cabeza.

—Se me olvidó que estoy en una cafetería, y no en mi departamento. Ni modo. El gusto me duró muy poco. Je, je, je.

Aplastó el cigarro con la punta de su bota, recogió las cenizas y la colilla con una servilleta, lo hizo bolita y lo tiró dentro de su bolso de mano.

Rasgó dos sobrecitos de azúcar, los vertió en el café, lo mezcló con una cuchara cafetera y bebió un sorbo. Después le dio un mordisco a su *sándwich* de pavo, masticaba lentamente, al final pasó bocado.

—Qué rico. El pavo está en su punto: jugoso y bien cocinado. El café no sabe igual al que mi mamá prepara en casa. Ya qué, lo pedí y ahora me lo bebo. Salud, Orlando.

No le correspondió el brindis.

—¿Qué pasa, Orlando?

—No me has dicho tu nombre.

—¡Qué tonta soy! Discúlpame. Me llamo Eba, con B grande.

—¿Con B grande?

—Extraño, ¿no? Así aparece en mi acta de nacimiento. Fue un error del Registro Civil.

—Mira nomás. Tu nombre es algo peculiar.

—Sí —bajó su taza de café—. Si escucharas mi nombre completo, te morirías de la risa.

—A ver, dímelo.

—Soy Eba de la Divina Caridad Santiago Ruíz. ¡Hazme el favor!

—Un poco más y tu nombre se convierte en trabalenguas.

—¡Cierto! No lo había pensado de esa forma.

Los dos comenzaron a reírse.

—En fin, brindemos por mi nombre que parece trabalenguas —propuso Eba—. ¡Salud!

—¡Salud!

Ambos chocaron sus tazas de café.

Los rayos de sol entraban por la ventana de la cafetería, lo iluminaban tenuemente. Hacía recordar, por un momento, a una pintura de Edward Hopper.

—Mira, qué bonito atardecer —le dijo Eba a Orlando.

—Sí, qué bonito. Jamás me había detenido a contemplarla.

—¿Por qué?

Le mostró el libro.

—Entiendo —Eba miró el libro superficialmente—. Veo que te encanta leer, ¿verdad?

—Algo así. Lo hago para no aburrirme.

—¿Acaso no tienes algún empleo o pasatiempo que cubra aquellas horas de ocio?

—No. En mi vida jamás he trabajado. Mi madre me envía dinero cada quincena. Más o menos unos cinco mil dólares. Más aparte lo que me dan mis tíos.

—¿Vives en casa de tus tíos?

—Sí. Mi madre trabaja en el extranjero. Hay veces que viene a México, se queda unos días y se va de inmediato.

—Pues, ¿en qué trabaja?

—Es productora de televisión. Lleva años que vive en Estados Unidos. En ocasiones, viaja a Europa. Por las noches, suelo telefonarle. Aunque nuestras llamadas duran escasamente unos minutos, se da el tiempo suficiente para saludarme y desearme las buenas noches.

—¿Cuántos años tienes, Orlando?

—Veintidós años.

—Ternurita. Aún eres un niño.

—¿Un niño? Te informo que estoy a punto de terminar mi carrera.

—¿Y eso qué? —espetó Eba—. Si no sabes moverte allá fuera, bueno, estás perdido.

—¿Perdido? ¿En qué sentido?

—En muchos. Por ejemplo, tu madre, ¿por qué trabaja en el extranjero y no en México?

—Porque encontró mejores oportunidades de trabajo.

—Ves. ¿Y qué más?

—Porque sabe hablar inglés y siempre ha querido vivir cómodamente, sin depender de nadie más.

—Ahí lo tienes. Todo consiste en uno mismo.

—¿En uno mismo, dices? No lo entiendo.

—¡Ay, Orlando! —suspiró desalentada—. Pongámoslo así, para que lo entiendas mejor, ¿tú cómo ves la realidad?

—¿Cómo la veo?

—Sí.

—Pues..., no lo sé.

Eba se dio por vencida, prefirió darle otro mordisco a su *sándwich* de pavo. Se acomodó en su silla, bebió un poco de café y llamó a la mesera. Ella llegó sin demora.

—¿Qué se le ofrece?

—En este lugar, ¿ponen música?

—Sí, pero hasta la noche.

—¿Por qué hasta la noche?

—Porque es la hora que nos llegan más clientes.

—Ya veo. ¿Y qué hora es?

La mesera miró su reloj de pulsera.

—Las cinco y media.

—¿Y a qué hora empieza el servicio de la noche?

—A las siete.

—Venga —le hizo una señal para que se acerca y le susurrara algo al oído—. Si le pago un extra —le enseñó un billete de cincuenta pesos—, nos pondría algo de música. Tómelo como su propina.

La mesera meditó detenidamente. Le tentaba embolsarse aquel billete de cincuenta pesos.

—*Okay*. Haré una excepción con usted.

—Muchísimas gracias —dijo Eba efusiva.

—¿Qué canción le pongo? —preguntó la mesera.

—Orlando, ¿qué canción te gustaría escuchar?

—La que sea. Me da igual.

—Bueno, entonces ponga *Hopelessly Devoted to You*.

—En un momento se lo pongo.

—¡Espere! No se olvide de su propina.

Le dio discretamente el billete de cincuenta pesos.

—Gracias —la mesera le hizo un guiño de complicidad.

A través de las bocinas, se escuchó la voz de Olivia Newton cantando *Hopelessly Devoted to You*.

Eba caminó hacia al centro del establecimiento. Hizo una pequeña presentación musical. Por momentos daba un parecido escénico con Ana Karina, Connie Francis y Barbra Streisand. Las pocas personas que llegaban a la cafetería, se quedaban maravilladas con su improvisado espectáculo. Pedían mesas cercanas a ella. Los empleados, viendo una oportunidad favorable, siguieron soltando canciones, una tras otra. Eba seguía complaciéndolos, hasta que anocheció.

Orlando se quedó arrinconado, en su mesa. Aunque tenía una vista bastante buena en la que podía verla actuar, sentía que los demás se la arrebatan sin consentimiento. Inundado de aplausos apabullantes, chiflidos exasperantes y gritos eufóricos, se levantó y entró al baño.

Abrió el grifo, se mojó la cara, se secó con un pedazo de papel higiénico y centró su mirada frente al espejo. Presenció a un joven robusto y despreocupado por la vida. Tal vez fuera cierto lo que ella le había dicho: «¿Tú cómo ves la realidad?». Hacía tiempo que no se cuestionaba eso tan seriamente. Vivía tan apegado a sus propias convicciones, sin tener que responder a aquellas interrogantes existenciales.

Al salir del baño, vio que ella lo esperaba sentada en la misma mesa. Unas gotas de sudor le escurrían por las mejillas, la nariz y el cuello. Bebió un vaso de agua e intentó regular su respiración. Luego tomó su bolso de mano.

—Qué bueno que llegaste. Necesito que me esperes, un momento.

—¿A dónde vas?

—Al baño. Necesito arreglarme un poco.

—Bien. Te espero —dijo lacónico.

Y se fue rápidamente.

La música sonaba a todo volumen. Los comensales bebían botellas de cerveza, fumaban con total libertad. Los empleados andaban de un lado a otro. Había quienes se ponían a cantar, a bailar y a actuar en un intento de *stand up* cómico. La parsimoniosa cafetería se había convertido en un escandaloso bar nocturno. Ahora entendía Orlando porque la mesera había dicho que la noche era la hora que venía más gente.

Sacó su celular, vio que eran las diez y media de la noche. No tenía llamadas perdidas de su tía. En un rato, tendría que comunicarse con su madre a larga distancia, de México a Los Ángeles.

Le contaría de la mujer que conoció en la cafetería. Aunque, a simple vista, era hermosa, carismática y no demostraba tener más edad de lo que realmente tendría.

Al poco rato, Eba salió vestida de manera estrafalaria.

—¿Te gusta mi atuendo?

Llevaba puesto un disfraz de algún personaje de *anime*.

—¿Y ese disfraz? —dijo desconcertado.

—A ver si adivinas, ¿de qué personaje vengo vestida?

—Mmmm... No sé.

—No seas así. Piénsale tantito.

—Lo siento. No sé nada de cómics o de *anime*.

—No te preocupes —le acarició la cabeza—. Vengo vestida de Miku Hatsune⁴.

—¿Eh?

—Miku Hatsune. Es mi *idol*⁵ favorita —sonrió emocionada.

—¿Y cómo para qué? —inquirió Orlando.

—Ah, es para mi trabajo.

—¿Para tu trabajo? Pues, ¿en qué trabajas?

—Soy *Cosplayer*⁶. A veces me contratan como dama de compañía o novia de alquiler.

—¿*Cosplayer*, dama de compañía, novia de alquiler? ¿Qué otra cosa debo saber?

—También de Bella Durmiente.

⁴ Es una *idol* virtual japonesa, conocida a nivel mundial. Fue desarrollada por la empresa Yamaha Corporation, VOCALOID2, VOCALOID3 y VOCALOID4, así como también por el programa Crypton Future Media, Piapro Studio. Fue lanzada el 31 de agosto de 2007.

⁵ El término *idol* (en inglés) hace referencia a jóvenes (tanto a chicas como chicos) artistas multidisciplinares que gozan de gran popularidad en Japón. Son parte de la cultura nipona y un fenómeno de masas a nivel mundial.

⁶ Personas que se disfrazan de personajes de *anime*, videojuegos, cine o *manga*, con la intención de interpretarlos en la vida real, imitando su forma de pensar, de hablar y/o de actuar.

—¿Bella Durmiente? —dijo extrañado—. ¿Cómo está eso?

—Te explico: solicitas mis servicios por una noche, voy a tu casa o nos reunimos en cualquier hotel, nos dormimos juntos y ya.

—¿Nada de sexo?

—En absoluto. Las Bellas Durmientes somos como compañeras de sueño. Hay hombres, sobre todo los ancianos, que necesitan de nuestra ayuda para poder dormir. Cabe aclarar que no pueden tener relaciones sexuales con nosotras.

—¿Ni siquiera tocarlas?

—Menos. Está prohibido por la agencia.

—¿Son de agencia?

—Pues claro. Nos buscas través de una aplicación móvil, parecida a *Tinder*, revisas nuestro perfil, das *clic* en «Aceptar», seleccionas la opción que más te convenga y se te expide un número de cuenta para que deposites en el banco. Hecho esto, la agencia te pone en contacto con nosotras y listo. El resto es pan comido.

Orlando se mantuvo callado.

—¿Qué, no dices nada?

Negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué piensas de todo esto?

Reflexionó por un momento. Por fin respondió:

—Me da lo mismo.

—Oh, ya veo. Pensé que armarías un gran escándalo.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando llegué a la cafetería y me acerqué a ti, te pusiste muy nervioso.

—Ah —se rascó el lóbulo de la oreja derecha—, es que me agarraste desprevenido.

—¿Desprevenido? ¿En qué sentido?

—Que llegaste sin avisar. Mínimo hubieras carraspeado.

—Lo hice, pero andabas tan concentrado en tu libro que no me pusiste atención.

—Lo siento. Suele pasarme seguido. Todo mundo cree que los ignoro a propósito.

—Descuida. Te lo digo para hacerte repelar. Desde que llegué me caíste bien.

Eba se acercó a Orlando para besarle los labios. En eso, sonó su celular. Lo sacó de su bolso de mano y se fue a un sitio más silencioso para contestar. Mientras tanto, alguien se peleaba en una de las mesas. Unos chicos se disputaban a golpes. Los empleados corrieron a separarlos. Sin embargo, no contaron que serían noqueados por ellos. De un momento a otro, se armó un tremendo altercado, se arrojaban sillas y botellas de cervezas. Algunos vecinos de la colonia reportaron el incidente con las autoridades policiacas de la zona. En poco tiempo, varias patrullas llegaron a la cafetería-bar y detuvieron a unos cuantos revoltosos. Orlando, tras escabullirse de allí con las pertenencias de Eba, la esperó al otro lado de la calle. Dieron las once y cuarto de la noche, todo estaba tranquilo. Ninguna señal de ella. Resignado, se marchó a su casa.

Al llegar, sus tíos estaban dormidos. Había pasado la hora de telefonar a su madre. Lo haría mañana sin falta. Entró sigiloso a su habitación, escondió el bolso de mano debajo de la cama, buscó sus audífonos, los colocó en el celular, abrió su cuenta de *Spotify* y escuchó un álbum completo de Billie Eilish (*When we all fall asleep, where do we go?*), mientras leía —con la lámpara de noche encendida— *Al sur de la frontera, al oeste del sol*, de Haruki Murakami.

CORRESPONDENCIA EQUIVOCADA

Manfredo Porciano estaba suscrito a la revista *Playboy*. Cada mes llegaba un ejemplar acompañado de un suplemento, que variaba en ocasiones. Por ejemplo, una vez le vino un recetario de postres afrodisiacos. Como a duras penas sabía cocinar y nunca le interesó especializarse en aquellos menesteres culinarios, optó por comer en fondas o pedir comida a domicilio. Ya fuera una pizza familiar, sushi, hamburguesas monstruosamente enormes o cualquier otro alimento que estuvieran ofreciendo. Total, él pagaba por ello.

En cuanto a los postres, intentó prepararse uno. Las fotos los hacían verse suculentos. Babeaba por devorárselos. De por sí, comía en exceso. ¿Por qué creen que tenía la panza de ese tamaño? Cada vez que quería pasar por el marco de una puerta, debía ingeniárselas para salir o entrar, sin atorarse. Los pantalones los tenía agrandados. Su cintura no tenía límites. Ni se diga de sus pies, parecían dos tortas ahogadas gigantescas. En fin, era un marrano (no por las cantidades de comida que ingería, sino por las cochinadas que tenía en la mente).

Buscó el más fácil (aquel que no le implicará un gasto mayor ni mucho trabajo en la cocina). Se decidió por unas fresas con chocolate. Eran pocos los ingredientes: fresas, chocolate negro, aceite de coco y leche de avena. Por desgracia, Manfredo sólo tenía duraznos en almíbar, chocolate líquido, aceite de oliva y leche de cabra. Dado a las circunstancias, alteró la receta original. Después de una hora, logró hacer un postre. Lo probó y se lo acabó en menos de un minuto. Se quedó con apetito de otro más.

Eran las seis de la tarde, él estaba sentado en su sillón hojeando la revista *Playboy*. A un lado, tenía un bote de helado napolitano. Sin apartar la vista de las páginas, se engullía una cuchara tras otra, al mismo tiempo que veía chicas semidesnudas. Lo que más le excitaba de ellas era verles el ombligo. Claro, todas tenían vientres planos. Eso intensificaba su deseo sexual. «Una ventaja que tenemos los gorditos es que se nos levanta con mayor rapidez», dijo Manfredo. «Si bien, no

tendremos la agilidad y la movilidad de un hombre robusto, pero sí las ganas suficientes para hacer el amor con varias mujeres.»

Dejó de comer el helado napolitano para mirar a una modelo en particular. No era mexicana, ni gringa, ni mucho menos sueca. Tenía algo... diferente. De que era bella y sensual, nadie podría discutirsele. Pero irradiaba una vibra extraña. En sus poses, supo muy bien que no era como las otras: acartonadas y rígidas. También sentía una inquietante malicia en sus ojos. Por lo general, él retenía las fotos en su mente e iba a su habitación a masturbarse. Tardaba como veinte minutos. Sin embargo, no ocurrió así. Cerró la revista y la guardó dentro de una canastita de mimbre donde estaban las demás. Terminó de comerse el helado, arrojó el bote a una bolsa de basura y apagó las luces de la cocina. Se dirigió a la sala y encendió la televisión; transmitían *El esqueleto de la señora Morales*, con Arturo de Córdova en el papel principal. Conforme avanzaba la película, allá afuera oscurecía.

De repente, sonó el timbre. Manfredo hubiera brincado del susto, pero su cuerpo era muy pesado para hacer dicho movimiento; no obstante, su corazón se agitaba espantosamente. Tenía miedo de estar a nada de padecer un infarto. Intentó regular su respiración, se secó el sudor con la manga de su camisa e hizo un esfuerzo enorme para levantarse del sillón. Conforme se acercaba a la puerta, golpeaban de manera desesperada. Cuando giró el picaporte, cesaron los golpes. Quiso averiguar quién era. Miró por el ojo de la puerta, no había nadie. Abrió tres cuartas partes, el pasillo estaba solo. Cerró y le quitó el seguro. Se asomó, buscó de izquierda a derecha. Luego salió, nada. En eso, vio entre las macetas un paquete mediano, envuelto con cinta canela. Tenía escrita sólo la dirección. «¿Acaso será mi revista mensual?», pensó. «No lo creo, porque me llegó hace apenas una semana. Aparte no he comprado nada por Internet. Entonces, ¿qué será esto?». Entró al departamento y lo examinó detenidamente.

En la parte frontal aparecía —con una temblorosa e incompresible caligrafía— su dirección: «Calle La Piedad de los Inocentes N°530 Edif. “J” Depto. 503 Col. Leonora Varo Del. Pitzotl C.P: 05123». Apagó la televisión, fue a la cocina por unas tijeras, cortó las envolturas de cinta canela y abrió el paquete. Éste contenía una carta y unas esposas. Su primera reacción fue de desconcierto. Su atención se enfocaba en esas cosas metálicas. Las vio bien, jamás le entrarían en sus regordetas muñecas. En todo caso, lo más apropiado serían unos grilletos medievales. Mientras que la carta estaba escrita con una letra elegante, mostraban cierta coquetería en las curvas inferiores como superiores. Por el trazo de cada una de ellas, no parecían haber sido escritas con una pluma o bolígrafo ordinario. Ni qué decir de la tinta, era finísima. Comenzó a leerla y decía lo siguiente:

Para Marcello Mastroianni

Querido mío:

Has estado de travieso, nuevamente. Te he estado buscando por varias semanas en tu departamento. He tocado muchísimas veces a tu puerta y nada. He ido a tus lugares favoritos, e incluso aquella fonda donde tú me invitaste a comer, ¿lo recuerdas? Te habías excitado con mis medias rojas traídas desde España.

¿Aún sigues trabajando como mecánico en la colonia La Surtidora? La otra vez, pasé por allí. Tus amiguitos son muy simpáticos. Me chulearon todo el día. Pregunté por ti. Ellos me dijeron que habías renunciado aquella mañana para buscarte un mejor trabajo. ¡Ay queridito! No sabes cubrir tus mentiras. Lo sé todo. Habíamos acordado en algo. Y tú, lo rompiste. Iré a tu departamento esta noche. Espero que te encuentres allí. No quisieras hacerme enojar, ¿o sí?

ATTE.

Zapatitos

P.D. Te envié un regalito. Úsalas conmigo esta noche. Besitos.

Cuando terminó de leer la carta, se quedó pensativo: «¿Quién es esa tal Zapatitos? ¿Por qué me confunde con Marcello Mastroianni? ¿No era un actor italiano, y peor aún, no está muerto?». No tenía ni idea de lo que estaba pasando. Creyó que se trataba de una broma de sus vecinos. «Revivir a los muertos, ¡bah!, tonterías», dijo convencido. Tiró el paquete y su contenido a la bolsa de basura, junto con el bote de helado vacío. Para desquitar su coraje, vertió restos de comida que había dejado sobre la mesa, los revolvió bien y la cerró con un fuerte nudo. Por la mañana, se lo entregaría al basurero.

Ya en su habitación, se alistaba para dormir. Antes debía hacer sus ejercicios nocturnos (cinco sentadillas y dos lagartijas). Desafortunadamente, siempre acababa tirado en el suelo. De hecho, sudaba más en levantarse que en hacer aquella rutina de ejercicios. Se agarraba de los bordes de la cama, tenía que conservar una gran cantidad de energía: mover una pierna implicaba un esfuerzo de unos diez minutos. Ni qué decir con el resto del cuerpo, prácticamente tardaba más de media hora.

De puro milagro, logró ponerse de pie. Se acomodó el pijama, los botones salieron disparados por distintas direcciones. Era la quinta vez que le ocurría eso. Mañana tendría que mandárselo a su vecina de arriba para que las cosa de nuevo. Por fin estaba listo para irse a dormir. Lo único que le faltaba era apagar las luces de su habitación. En eso, se escuchó un ruido que provenía de la sala. El minicomponente con *bluetooth* estaba encendido. La voz de Andy Williams sonó de pronto, cantando (*Where Do I Begin*) *Love Story*.

Manfredo salió cautelosamente. Tomó una raqueta de tenis que se encontraba por ahí cerca. A cada paso que daba, crujía la madera del piso. Sólo rogaba al Señor que no fuera alguien armado. Su gordura no era de buena ayuda. Si quería girar en redondo, tardaba en hacer dicha maniobra. Era como los rinocerontes: sólo atacaba de frente.

Para su sorpresa, vio unas velas rojas encendidas, una botella de vino tinto de reserva, unas rebanadas de *baguette* y un pequeño recipiente de mantequilla de primera calidad. Encima de la mesa de centro, estaban las esposas que había tirado a la basura, brillaban de limpias. Se percató que estaban abiertas.

Una voz suave y dulce coreaba una parte de la canción de Andy Williams. No se atrevió a pasar por la cocina. Tal vez por miedo. Manfredo optó por regresar a su habitación, intentó caminar sigilosamente, sin embargo, cuando dio un paso, la madera crujió con fuerza. Supo que eso delataría su presencia. Sin pensarlo un segundo, se echó a correr. Tiró la raqueta de tenis y, antes de girar el picaporte de su habitación, le dieron un golpe en la cabeza. Cayó al suelo y perdió la consciencia.

Al despertar, se dio cuenta que estaba amordazado y amarrado de los pies. Las manos las tenían esposadas. Se hallaba sentado en su sillón, movía los ojos de un lado para otro, todo indicaba que estaba secuestrado. «Pero ¿qué querían de mí», se preguntó mentalmente. Él era un profesor de Conducción, que ganaba un salario quincenal de diez mil pesos. Vivía de manera modesta en un departamento de dos recámaras, un baño, una cocina, un lavadero y estacionamiento. Con espacio considerable para dos personas.

Una mujer —de unos treinta años— estaba parada frente a él. Lo miraba con cierta ternura y a la vez con un recelo disimulado. Era muy guapa, tenía un cuerpo perfectamente proporcionado (senos grandes, estrecha cintura, caderas anchas y piernas largas). Su cabello negro era tan largo que le cubría toda la espalda. Traía puesto un vestido ajustado estilo oriental, color borgoña; unas medias negras y zapatos de tacón carmesí puntiagudos.

En la mano derecha sostenía una copa de vino tinto, y en la otra, un cigarro encendido. Parecía estar contenta.

—Querido, ¿cuánto tiempo sin verte? —dijo efusiva—. ¡Qué barbaridad contigo! Te desapareces por unas cuantas semanas, y mírate, engordas demasiado.

Le apretó los cachetes como si fuera un niño de cinco años. Le acarició la cabeza, le rascó la panza y se sentó encima de sus abultadas piernas. A Manfredo lo excitó eso.

—Veo que te llegó mi paquete, ¿eh? —le mostró la carta y los pedazos de cinta canela—. Yo pensé que te gustaría mi regalito —los tiró al suelo. Luego se acostó encima de su cuerpo, no le importaba que estuviera inmovilizado. Era como un gato acurrucándose en su camita.

Le quitó la mordaza, él desentumió su boca. Mientras tanto, ella se regocijaba bebiendo más vino tinto.

—Traído desde Italia, querido.

—¿Qué?

—Hablo del vino tinto. ¿No viste la mesa puesta cuando saliste de tu habitación?

—Sí, pero...

—La música, yo misma la seleccioné. Espero que te guste Andy Williams.

—Espera un momento. Me estás confundiendo con alguien más.

—Para nada. Tú eres Marcello Mastroianni, mi amor verdadero.

—¿¿Tu amor verdadero?! ¡Estás loca! ¡Ese hombre ya está muerto!

—¡No! ¡Tú eres Marcello Mastroianni, tú eres Marcello Mastroianni, tú eres Marcello Mastroianni...! —dijo con terquedad.

—¡Basta! —gritó colérico—. No te das cuenta de nada, ¿o qué? Yo soy Manfredo Porciano, profesor de Conducción.

—Claro que no. Tú eres Marcello Mastroianni, mecánico en la colonia La Surtidora. Tú me arreglaste mi Volkswagen clásico, ¿no lo recuerdas?

—Por desgracia, no. Como te dije, yo soy profesor de Conducción. Jamás te he visto antes.

—Hazte el gracioso conmigo, querido. Vengo a ajustar cuentas pendientes.

—¿Qué cuentas pendientes? Yo no le debo nada a nadie.

—¿Estás seguro de eso, querido?

—Absolutamente.

Ella terminó de beber su copa de vino, la puso encima de la mesa de centro, le dio unas caladas a su cigarro y lo arrojó a un jarrón de cerámica que estaba en la sala. Con sus delgados dedos, comenzó a bajarle los pantalones, él se resistió. Viendo que le costaba trabajos lograr su cometido, tomó la raqueta de tenis —que estaba tirada en el suelo— y le azotó un ligero golpe en la cabeza. Sólo lo dejó aturdido por un rato.

Al recobrar la consciencia, se percató que lo había dejado en calzones. Enojado, le reclamó y le exigió una explicación.

—Si fuera tú, estaría callado.

—¿Por qué? ¡Dime!

En eso, se quitó un zapato de tacón, alzó la pierna derecha y con el pie presionó levemente el ombligo de Manfredo.

—Porque podrías hacerme enojar demasiado. Y no quieres verme así, ¿verdad, querido?

Él tragó saliva. La miró desconcertado.

—Te he dicho que tengo maneras muy efectivas para tranquilizar a un hombre nervioso.

Él negó con la cabeza. Con el pie derecho, ella rozó su pene.

—¿Te gusta esto, verdad?

—Por favor, no lo hagas.

—¿Hacer qué? Ah, esto —volvió a hacerlo.

Sintió un ligero estremecimiento.

—Sí, eso.

—Por qué no. Pareces disfrutarlo.

—Por favor, te suplico, no lo hagas —dijo con voz temblorosa.

Ella lo pensó. Luego respondió:

—No creo obedecerte. Quiero que lo tengas bien paradito. Tal vez, en una de esas, te la chupé.

Sin avisarle, frotó el pene con la planta de su pie. En poco tiempo, tuvo una erección.

—¡Dios mío! ¡No pares, no pares, no pares, no pares, no pares...!

Se detuvo, bajó la pierna y se calzó de nuevo.

—¡Ey! ¿Por qué te detuviste? —protestó Manfredo.

—Si te portas bien, te haré algo mejor. Pero antes hay que brindar con un poco de vino tinto y unos bocadillos, ¿qué te parece?

—Ya qué. Lo que tú digas —dijo refunfuñando.

—No pongas esa cara, querido. Te atenderé como un rey.

Súbitamente, le besó los labios. Tomó la charola de los bocadillos, se sentó en su regazo y le dio de comer en la boca. Al final, tomó la botella de vino tinto y llenó dos copas de cristal.

—Una para ti y la otra para mí. Alcemos nuestras copas.

—Mujer, ¿cómo demonios la alzaré, si me tienes esposado?

—¡Qué estúpida soy! Se me había olvidado.

—¡Uf! Menos mal me dejarás libre de las manos.

—¿Quién dijo que te dejaría libre?

—¡No piensas déjame así! Acaso no ves mis muñecas, están poniéndose moradas. Las esposas me aprietan muchísimo.

—Quién te manda a subir de peso.

—Pues siempre he sido un pinche marrano —dijo enojado.

—No te enojas, querido. Me gustan los gorditos como tú.

—¿Hablas en serio? —cambió drásticamente su tono de voz.

Sin responderle, se bebió las dos copas de vino, las tiró al suelo y se rompieron en miles de pedazos, esparciéndose por toda la alfombra. Rio estúpidamente, se encaminó hacia el minicomponente, puso una canción de Cher (*Dov'e l'amore*) y comenzó a bailar de manera sensual delante de él. Manfredo la miraba embobado. Esperaba que, en momento dado, pusiera su pie encima de su pene, lo pisara con fuerza y le provocara otra erección. Sin embargo, aquella fantasía se desvaneció cuando ella encontró la canastita de mimbre, sacó todas las revistas y las hojeó una por una. Luego le mostrara la fotografía de una modelo.

—¿La conoces?

—No. Pero en alguna parte debe estar su nombre.

Ella escrutó la fotografía de arriba abajo.

—¿Qué tanto la ves?

—Esta mujer tiene unos senos enormes. ¿Qué talla de brasier será? Estamos del mismo vuelo, ¿no?

—Posiblemente.

—Quisiera chuparle los pezones.

—¡Caray! ¿También te gustan las mujeres?

—De vez en cuando. Soy de gustos exquisitos.

—Tanto así. Vaya, pues... ¿qué tipo de mujeres te gustan?

—Querido, ¿a poco te has olvidado de mis gustos?

—¿Tus gustos? —dijo él sorprendido—. Si tú nunca me lo has dicho.

—Claro que sí, querido. En la fonda donde me llevaste a comer, no recuerdas que chulé a la mesera que nos atiende.

—Y dale con lo mismo. ¡No soy Marcello Mastroianni! Sólo mírame, ¿en qué nos parecemos él y yo? ¡En nada! Aparte, él no estaba gordo.

—Porque tú así lo quisiste. Cuando te conocí, no estabas gordo. Me llevabas entre tus brazos y nos bañábamos en la Diana Cazadora.

—Vale. Ignoro esa parte. Pero ¿cómo diste con mi dirección? —inquirió.

—Ya no lo recuerdas, tú compraste este departamento para los dos.

—¿Para los dos?! Yo vivo aquí desde hace más de diez años. No creo que alguien lo haya hecho sin avisarme.

—Yo no sé de esas cosas. Sólo sé que es nuestro.

—Hasta ahora me estoy enterando de que había otros dueños, aparte de mí.

Fastidiado, estaba a punto de darse por vencido. No quería discutir más con aquella mujer. En eso, Manfredo recordó algo.

—Tú mandaste el paquete, ¿cierto?

—Así es.

—La carta, ¿tú la escribiste?

—Sí.

—Entonces, ¿tú eres Zapatitos?

—¡Bendito sea el Señor! Recordaste mi nombre, querido.

—¿Por qué te dicen Zapatitos?

—Porque tengo cierto parecido con Sara Montiel.

—¿Con Sara Montiel? Más bien te pareces a Katherine Ross de joven. Aunque no entiendo que tiene que ver unos zapatos de tacón con Sara Montiel.

—Tampoco yo le encuentro sentido. Según tú y tus amigos, me parezco a ella. Y yo que me sentía más Marilyn Monroe. *Happy Birthday to Yuuuuooooo.*

—Por favor, no cantes.

—Qué amargado me saliste, querido.

—¡Deja de decirme “querido”! Yo no soy nada tuyo, ¿entendido?

—Claro que sí. Si nos íbamos a casar pronto —le mostró el anillo de compromiso que llevaba puesto en el dedo anular de la mano izquierda.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser... ¿En qué momento me enredé contigo? ¡Dios mío! ¿Qué castigo estoy pagando con esta mujer?

Mientras Manfredo se lamentaba amargamente, Zapatitos hurgaba en el interior de los cajones de la cocina, encontró unas tijeras medianas, tomó unas de las revistas y recortó cada una de las modelos. Juntó unas doscientas cincuenta fotografías y las clasificó por nacionalidad y características físicas. Visto desde arriba, parecía un enorme *collage* pornográfico.

—¿Qué haces con mis revistas?

—Nada malo. Sólo juego con ellas.

—Ya me di cuenta. Pero ¿por qué las recortas?

—Para dejarlas libres.

—¿Libres? No te entiendo.

—No es bueno tenerlas encerradas en páginas impresas para el deleite masculino. No sabes qué sentimientos tengan.

—¿Sentimientos? Ahora así que te has vuelto completamente loca. Bueno —reconoció—, ya lo estabas.

Zapatitos ignoró el comentario de Manfredo.

—¡Listo! Ésta es la última —declaró alegremente.

—Bien. Ahora ¿qué harás con ellas?

—Quemarlas.

—¡Quemarlas! ¿Por qué?

—Así sólo tendrás ojos para mí, querido.

—¿En serio? ¿No te cansas de repetir la misma tontería? Hazte a la idea de que yo no soy Marce... Olvídalo —dijo fastidiado.

—Querido, recuerdas que te dije que venía para ajustar cuentas pendientes.

—Sí.

—Es momento de hablar de ello, ¿no te parece?

—¿Y de qué tenemos que hablar, exactamente? Dime, porque yo no sé nada.

—¿Estás seguro de eso, querido? —se llevó ambas manos detrás de la espalda, tenía escondidas las tijeras con la mano izquierda y las cubría con la otra; apenas se asomaban la punta. Hizo todo esto, mientras hablaba con Manfredo para distraerlo.

—Segurísimo. No hay nada de qué hablar contigo.

—Bien, en ese caso, haré que lo recuerdes, querido.

Alzó la mano izquierda y le clavó las tijeras en la zona pélvica.

—¡Aaah! ¡Estás loca, hija de tu puta madre!

Luego asió el cuchillo de la mantequilla y se lo enterró en la boca del estómago. Manfredo se retorció de dolor, apenas lograba mover una parte de su grasiento cuerpo. Zapatitos levantó la pierna derecha y lo empujó para que cayera de espaldas. El departamento tembló levemente. Sudaba a cántaros. Ella se acercó y se paró delante de su rostro. Él miró unas pantaletas negras con encaje.

—Querido, no quería hacerte daño, pero nunca te perdonaré por haberme engañado con otra mujer.

Los ojos de Manfredo se tornaron rojos. Sin el menor respeto, le escupió en la entrepierna y le dijo con coraje:

—¡Púdrete en el infierno, maldita loca!

Un charco de sangre se extendía debajo de él.

Ella suspiró hondamente. Bajó hasta el estacionamiento, abrió la cajuela de su Volkswagen clásico, sacó dos galones de gasolina y una caja de cerillos. Tardó diez minutos en regar todo el departamento. Antes de irse, se detuvo para decirle unas últimas palabras:

—Quien se pudrirá en el infierno, eres tú, querido. Espero que hayas aprendido la lección.

Manfredo cerró los ojos y permaneció en silencio.

Antes de cerrar la puerta, dejó caer un cerillo encendido. A sus espaldas se expandía ardientes llamaradas que devoraban el departamento y a su propietario.

Subió al Volkswagen, encendió el motor y se puso en marcha. Mientras conducía fuera de la ciudad, fumaba un cigarro y escuchaba en el autoestéreo *Holding Out For a Hero* de Bonnie Tyler.

MINIFICIONES

EL HIJO ESPERADO

El día 22 de agosto de 1969, nacería mi hijo Paul Richard. Lo tomaría entre mis brazos y le daría un cálido beso en su frentecita. Mi mujer y yo seríamos los padres más felices del mundo.

Fueron éstas las palabras que dijo Roman Polanski frente a la tumba de su hijo y su esposa, Sharon Tate. Descanse en paz.

LA VERDADERA ESTRELLA DE LA PELÍCULA

Truman Capote quería a Marilyn Monroe para que interpretase a Holly Golightly. Muchos años después, en las nuevas ediciones de la novela *Desayuno en Tiffany's*, la que aparecería en todas las cubiertas de libro sería Audrey Hepburn.

QUIERO SER UNA CHICA ALMODÓVAR

—Pedro, quiero protagonizar una de tus películas. ¿Para cuándo? —preguntó entusiasmada Felicia Garza.

—Lo siento, cariño, pero ya tengo protagonistas para mis siguientes películas. Por favor, sigue esperando, hasta que yo te llame.

Pasaron varios años, Felicia Garza murió junto al teléfono.

EL FIN DEL FÜHRER

Cuando Bruno Ganz murió, Hiltler dejó de existir.

EL ÚLTIMO JUEGO

Para Anya Taylor-Joy.

Beth Harmon jugó una partida de ajedrez con La Muerte. Cuando ella hizo jaque mate, su contrincante desapareció.

SÍNDROME DE PETER PAN

A sus 47 años, Judy Garland seguía comportándose como una niña. Aún llevaba puestas aquellas zapatillas rojas.

LA MANO DE LA NOVIA

El novio fue con la familia de la novia para pedir su mano. Hasta la fecha, no ha vuelto con ella.

LA VERDAD OCULTA DE LA MITOLOGÍA GRIEGA

He oído, por voces ajenas a mí, la historia de Anquises y Venus. El mortal que pudo enamorar a la diosa del amor, la belleza y la fertilidad (un mérito nunca logrado por un hombre ordinario).

Se cuenta que Venus tuvo un hijo de Anquises. Éste no sabía que era una diosa, y que esperaba un hijo suyo. Alarmados de que el gran Zeus se enterara, decidieron esconderlo en el monte Ida. Confiados de que nadie lo encontraría, ambos prometieron nunca revelar el secreto. Los años pasaron y alguien se le ocurrió decir quiénes eran sus padres. Zeus se enteró. Enojado lanzó un rayo a Anquises, dejándolo cojo.

Lo único interesante, que la mayoría desconoce, es que Eneas inventó esta historia.

EL AHOGADO

El niño no paró de llorar durante toda la noche. Cuando la madre fue a verlo, lo encontró muerto.

Pues se había ahogado con sus propias lágrimas.

EL BESO MORTAL

En sus labios llevaba un potente veneno. Cuando besó a su amante, éste cayó muerto.

ARTE SIN CENSURA

En memoria de Raúl Anguiano Valadez.

—Raúl, siento que todo mundo me mira —dijo incómoda Pita Amor.

—¡Ay, Pitita! Acuérdate que te pinté desnuda.

LA CAÍDA DEL REY

¡Jaque mate!

NO SON DE TU MEDIDA

La Cenicienta ya no pudo calzar las zapatillas de cristal, pues de tanto bailar a noche, los pies se le hincharon.

PROBLEMAS MARITALES

—Amigo, ¿no le vas a poner ofrenda de muertos a tu esposa?

—Para qué. Aún seguimos peleados.

ADMIRACIÓN

Para Margaret Quealley.

Desde que apareció en aquella película, todos los hombres le piden una foto de sus pies.

LAS GEMELAS

Ambas vestían de rojo. Eran idénticas. Cuando quiso salir, con una de las dos, sin querer, se llevó el espejo.

LA TRÁGICA HISTORIA DE UN JOVEN QUE POSEÍA UNA MEMORIA PRODIGIOSA

Nació con una memoria prodigiosa. Nada se le escapaba de su temeraria perspicacia. Con el tiempo, acumuló un sinfín de datos tanto útiles como inútiles. No sabía qué hacer con toda esa información. Fue tan agobiante para él que, en un momento de desesperación, tomó la pistola de su abuelo, la apuntó hacia su cabeza y tiró del gatillo.

El rumor se corrió por todo Fray Bentos. *Ireneo Funes*⁷ se suicidó en el año 1889. La familia debía cubrir su vergonzosa acción. Dijeron que había muerto de *una congestión pulmonar*.

⁷ *Funes, el memorioso* es un cuento de Jorge Luis Borges. Se encuentra en el libro de cuentos “Ficciones”.

UN DESCUIDO

El abuelo dormía profundamente. Cuando se despertó, se dio cuenta que lo habían enterrado vivo.

